





**ALFREDO GERMIGNANI  
GUIDO MOUSSA**

# ROCK

**~ 2014 ~**

Germignani, Alfredo

**Rock** / Alfredo Germignani y Guido Moussa.

1a ed. - Resistencia: ConTexto Libros, 2014.

126 p. ; 14x21 cm.

ISBN 978-987-1885-81-7

1. Narrativa Argentina. I. Moussa, Guido II. Título

**CDD A863**

Fecha de catalogación: 19/02/2014



Yrigoyen 399 - C.P. 3500

Teléfono (0362) 4449652

Resistencia - Chaco

[www.libreriacontexto.com.ar](http://www.libreriacontexto.com.ar)

[info@libreriacontexto.com.ar](mailto:info@libreriacontexto.com.ar)

Diseño de tapa: Pablo García

Diseño editorial: Pablo García

Corrección: Claudia Goy

Foto solapa Guido Moussa: Guido Moussa

Foto solapa Alfredo Germignani: Laura Aguirre

Hecho el depósito de ley 11.723

Derechos reservados

Prohibida su reproducción parcial o total

# ÍNDICE

|         |       |     |
|---------|-------|-----|
| 1       | ..... | 7   |
| 2       | ..... | 11  |
| 3       | ..... | 13  |
| 4       | ..... | 17  |
| 5       | ..... | 21  |
| 6       | ..... | 29  |
| 7       | ..... | 35  |
| 8       | ..... | 41  |
| 9       | ..... | 47  |
| 10      | ..... | 53  |
| 11      | ..... | 57  |
| 12      | ..... | 63  |
| 13      | ..... | 71  |
| 14      | ..... | 73  |
| 15      | ..... | 77  |
| 16      | ..... | 79  |
| 17      | ..... | 83  |
| 18      | ..... | 91  |
| 19      | ..... | 95  |
| 20      | ..... | 101 |
| 21      | ..... | 107 |
| 22      | ..... | 111 |
| 23      | ..... | 119 |
| Epílogo | ..... | 125 |



*"You can't start a fire without a spark"*  
(*Dancing In The Dark, Bruce Springsteen*)

1 –Por favor, completen este formulario –les dice una señora y les extiende unos papeles a los dos pibes. Pibes *bien*, a juzgar por el aspecto.

Donde dice "Nombre de la banda" escriben: "Los Lamisiles". Donde dice "Estilo" completan: "Música techno pop". Son Fran Perezgueda y Jonathan Percíncula.

El galpón en cuestión está dentro del predio donde funciona el CECUPO, siglas que Los Lamisiles no tienen la menor idea de lo que significan. "Centro Cultural Popular", arriesga Fran.

El predio es importante: un amplio acceso a un patio delantero con un playón con contrapiso, todo rodeado por añosos fresnos, altos, majestuosos, casi desubicados en este contexto popular. Aunque los hay, y muchos, los fresnos son antinaturales aquí en el Chaco: pertenecen a Buenos Aires, a Barrio Norte, a la Recoleta. Y no acá. Pero como quiera que sea, se yerguen majestuosos en el predio del CECUPO y es lo primero que Fran y Jonathan ven al entrar.

Se detienen junto a uno de los fresnos y apoyan en el piso la viola y el teclado con los que han llegado hasta ahí. Fran enciende un cigarrillo –su actitud es la de un James Dean heterosexual– y

mira a su alrededor. Contra el muro de enfrente un grupo de punks zaparrastrosos comparte en una ronda solidaria una botella de plástico descartable con cerveza caliente o pis. Casi no hablan entre ellos. La mugre los une más que las palabras.

—Mirá esos dos —interrumpe Johnny.

—¿Cuáles? ¿Ésos de ahí? —le contesta Fran y apunta delicada, prudentemente con el dedo hacia el sector de las parrillas.

—Sí, éstos.

Hay dos tipos de mediana edad hablando con un tercero, también de mediana edad, que tiene un grabadorcito en la mano. Evidentemente es un periodista y está entrevistando al entrecano y al pelado de barba mongol.

—Son Los Cenobitas —sigue Fran—. Tipos legendarios. Nunca los vi, pero se dice que jamás lograron concretar una actuación en condiciones normales.

—¿Y qué tocan?

—No sé. Nadie sabe muy bien en realidad. Ellos dicen ser una banda noise, pero creo que son escritores. No son músicos. Son unos caraduras esos tipos. Pero son legendarios. Los odian en todas partes.

—Ajá.

Los Cenobitas son Fernando Funes y Alberto Litter, ambos escritores fracasados. Uno más que el otro. Están cerca de las parrillas porque están fumando un porro, lejos de los quiosquitos de publicidad que han montado en el predio. Y lejos de los lúmpenes punk y hardcore que podrían llamar la indeseada atención de la policía.



El periodista que los entrevista evidentemente los ha visto en escena alguna vez; pero ni siquiera así sabe a ciencia cierta de qué se trata lo de Los Cenobitas. Funes le dice, solemne: “Los Cenobitas somos una banda ficticia de rock que desafía los límites explorando y llevando un poco más allá de acá (hace un gesto con uno de sus brazos, como trazando una línea imaginaria) las fronteras del anti-arte”. Litter, a quien se lo suele ver abstraído y silencioso cada vez que encarna a Los Cenobitas –esto lo saben todos los periodistas chaqueños de rock–, interrumpe enérgicamente a Funes y le dice al grabadorcito: “Poné esto: somos verdaderos destructores de la civilización, seres nihilistas actuales que estamos creando la destrucción y plasmando tormentos sonoros espeluznantes”.

–Sí, señor –completa Funes–: tormentos sonoros espeluznantes. No como esos pendejos de ahí –y señala con asco a Los Lamisiles, que acaban de entrar al predio del CECUPO y están mirando tímidamente a Los Cenobitas–, que son como los Pet Shop Boys. Una mierda.

–Homosexuales –dice Litter. Y lo dice significando con ello un insulto.

–¿Cómo se origina la banda? –les preguntan. Funes retoma la voz conductora y contesta:

–Es un proyecto nacido en Pozo del Muerto, Chaco Profundo, en el 2012. Un proyecto completamente radical que va un paso más allá en la expresión de la locura y la oscuridad plasmada mediante el terrorismo sonoro.

Es todo mentira. El periodista lo sabe, pero el grabador graba igual. No existe ese lugar y la verdad es que poco importa si existe o no. En todo caso es evidente que Los Cenobitas son

escritores y están en pose: todo lo dicen, lo verbalizan en forma de texto literario.

—Hemos generado un catálogo de grabaciones hechas por enfermos mentales y las usamos para envolver al oyente en un mundo de terror y sufrimiento —dice Funes, y Litter agrega sin solución de continuidad:

—Rituales de locura sobrecargados de gritos de dolor que lleven al oyente a un estado de malestar y agobio que se apodera de su conciencia. Queremos que la gente se sienta mal. Que la pase mal. Que se vaya mal. Que le duela.

—Sí, no como esos putos Lamisiles: Pet Shop Boys de cuarta con su tecladito, su maquinita de ritmos y su mochilita de canciones de amor y rupturas pedorras. Esos giles toman la merca que compraron con la guita de mamá y papá y se creen Maradona.

—Los vamos a destruir. Nos odian. Pero nosotros ya nos dimos cuenta. Mirá esto.

El periodista inclina su cabeza para ver lo que Litter le muestra casi en secreto, con gran fruición: un 38 corto, cromado, *Smith & Wesson* asoma debajo de su remera negra musculosa casera, apretado por el cinto del pantalón. Vuelve a esconderlo, y mirando frenéticamente para todos lados, claramente paranoico, off the record le dice al periodista:

—Nos odian. Pero nosotros nos dimos cuenta. Y acá nadie te palpa de armas, loco.

# 2

—Por favor, completen este formulario—dice una señora de la empresa que patrocina el concurso y que ha instalado su puestito administrativo en el acceso principal del galpón donde dentro de algunas horas se disputarán el premio “Banda Pepsi Cola del Año” Los Lamisiles y las otras bandas.

En juego hay veinticinco mil pesos y la posibilidad de grabar en Buenos Aires un disco producido por Gustavo Santaolalla, el ganador de dos premios Oscar por su música para bandas sonoras. Pero eso queda para más adelante: aquí y ahora lo que se disputa es el honor. Y las minitas. Todo lo demás por ahora no importa.



# 3

La botella de plástico transparente, a juzgar por la forma, debió ser una botella de Coca Cola. Le han sacado la etiqueta, pero la forma es inconfundible. Adentro tiene un líquido amarillento que produce mucha espuma al pasar violentamente de mano en mano. Se parece mucho, pero pis no es. De modo que es cerveza. Cerveza berreta.

Los Materia Fecal han tenido el cuidado de disolver adentro unas cuantas pastillas de Rivotril que les consigue un cuñado del cantante, que es camillero en el Hospital Perrando. “Se puede robar de todo en el Hospi...” suele decir este cuñado en los asados dominicales con la familia.

Los Materia Fecal son una banda de amigos del barrio San Cayetano ampliación. En el formulario de admisión pusieron “Punk” donde se les preguntaba por su estilo. Deambularn por ahí cuidadosamente mal vestidos, y virtuosamente mugrientos. Además huelen muy mal. Como si llevaran muchos días sin bañarse -como en efecto ocurre-.

El cantante de Materia Fecal es Adrián Gómez y le dicen *Tango*. Se hizo conocido durante los 90 porque siendo muy pen-dejo tocaba la batería en una banda nü-metal llamada Deforme,

de donde fue expulsado por consumir drogas de todo tipo, cosa que no tenía tanta aceptación entre los rockeros chaqueños mainstream en la mencionada década. Se dice que una vez, preso de la angustia y careciendo de alcaloides, Tango se inyectó agua de zanja, con resultados nefastos, por supuesto. La historia circula con fuerza y parece verosímil a juzgar por lo que se puede ver recostado contra la pared frente a los fresnos del patio delantero del CECUPO.

En Materia Fecal, Tango canta acompañado por José Murillo en viola (*El Lacra*), Juan Ramírez (*Todo Piola*) en bajo y un batero de quien nunca se ha sabido el nombre de nacimiento pero todos sospechan que es una mujer con aspecto de hombre a quien llaman Socotroco (alias, reducido con el paso del tiempo, lógicamente, a Soco). Nadie está demasiado seguro sobre esto.

Materia Fecal toma cerveza caliente y barata del pico en una botella comunitaria. Se comunican, mayormente, mediante onomatopeyas y golpes. Nadie sabe de qué viven, por dónde andan durante el día. Si trabajan. Si no trabajan. Qué mierda hacen de su vida. Han sido inclusive confundidos alguna vez con los malabaristas del semáforo de avenidas Sarmiento y Rissione de Resistencia City Tropical.

Cuando le preguntan a Los Cenobitas qué opinan de Materia Fecal, Funes dice:

—No son malos chicos. Son unos ramoneros fracasados. Dan lástima. Pero no son malos chicos.

—Vergüenza ajena. Misfits de morondanga —remata Litter.

—Son unos resentidos hijos de re mil puta: ése es su único talento. No creo que The Pepsi Company le dé el premio a esos

lúmpenes: iría en contra de su propia imagen como empresa seria –completa Funes en abierta y arbitraria contradicción con eso de “buenos chicos”, y el periodista asiente con la cabeza.

Es de toda lógica. Jamás una banda lumpen puede ser exitosa en el Chaco. Y sin embargo no dejan de aparecer, año tras año, bandas punk de mierda como los Materia Fecal.





# 4

Los eventos, a partir de cierta hora de la tarde, se precipitan. Cae el sol y la noche es el terreno baldío en donde mean, cagan, cogen y, en suma, viven su fantasía pelotuda los rockeros de mala muerte en el gran humedal. De día van al colegio o trabajan o discuten con su señora o le cambian los pañales a sus hijos o hacen cola en el Nuevo Banco del Chaco para pagar las cuentas o dejar alguna nota con algún reclamo que nadie atenderá. De día eso, sí. Pero de noche... de noche se zambullen de cabeza y voluntariamente en la merdosa vida de *estrella chaqueña del rock*.

Los eventos se precipitan. Pronto comenzará la transmisión por Canal 13 de Buenos Aires, el canal del solcito.

Los juntan a todos en el playón para explicarles algunas reglas básicas del concurso y distribuir una versión impresa (y completa) del reglamento (que nadie leerá, excepto los amanerados chicos *bien* de Los Lamisiles).

La misma señora que les entregó los formularios de admisión, parada en el centro de la improbable ronda de bandas, con un megáfono y girando mientras habla, les dice:

—Las bandas participantes deberán acercarse a la zona de espera de concursantes al lado del escenario al menos treinta minutos antes del turno de participación asignado. Ahora le vamos a dar a cada uno el horario exacto de actuación. Ahí recibirán instrucciones y aguardarán a ser llamados a escena. Toda banda participante que no se presente al momento de ser llamada al escenario será automáticamente descalificada.

La señora que mandó la gente de The Pepsi Cola Company, evidentemente disconforme con la tarea que le han asignado, prosigue:

—La interpretación del tema tiene que ser en vivo; les recuerdo que está prohibido el uso de audio pregrabado o pistas musicales, play back. Solo serán válidos sonidos muestreados digitalmente (samples) en el caso de sonidos que no puedan ser ejecutados con instrumentos musicales convencionales (ejemplos: sonido del mar, lluvia, tormenta, helicóptero, sirenas. Etcétera. Etcétera) —repite la señora.

—Nosotros usamos máquinas —se escucha decir al cenobita Funes.

—Y nosotros hacemos techno —se anima el lamisil Fran.

—Bueno, está bien. Es obvio. El caso de ustedes está bien.

—Eso es de putos —dice por lo bajo Tango.

—Bueno, vemos, vemos. Recuerden que cada uno tiene la obligación de llevar sus instrumentos; nosotros les facilitaremos únicamente el uso de una batería acústica estándar.

Nadie habla. No parecen estar prestándole atención a la vieja de The Pepsi Cola Company, pero todos hacen silencio.

—Chicos... —dice la señora, y no puede evitar mirar a Los Cenobitas advirtiéndole que no son chicos precisamente sino casi señores; pero sigue mirando a su alrededor y, salvo Los Cenobitas y Tango de los Materia Fecal, el resto son pibes, así que insiste—: Chicos, les insisto con esto: entre el público aquí y los televidentes habrá personas de todos los sexos y las edades, por lo tanto es obligación de los participantes el guardar ciertos niveles de buena conducta y comportamiento correcto...

(“Hmmm —piensa para sí Litter, que ha llegado a aprobar algunas materias durante su paso por la Facultad de Abogacía—, eso de ciertos niveles es muy relativo, abre una brecha discrecional muy importante...”)

—Esto incluye mantener un lenguaje moderado. No se pueden mostrar los genitales, pezones u otras áreas íntimas. La desnudez está prohibida. El incumplimiento de esta norma generará la descalificación de la banda —y la representante legal del patrocinador del evento insiste enfáticamente—; no mostrar genitales, ¿ok? Si se producen hechos ilegales durante la presentación, la responsabilidad será exclusivamente del participante que los lleve adelante.

Es todo demasiado formal. El reglamento está lleno de artículos, saturados a su vez de incisos y apartados de todo tipo.

Tanto cuidado, tanto miedo de los organizadores hacen suponer que algo terrible va a pasar. ¿Por qué habrían de advertirles que no muestren los genitales al público y frente a la cámara si no es porque suponen que los pendejos serían capaces de hacerlo? Pero ya es demasiado tarde para detener la maquinaria —no lo saben— infernal que han puesto en movimiento al organizar y montar este concurso, esta guerra de bandas. La señora que vocea las partes más importantes —sobre todo las prohibiciones, las partes represivas—

del reglamento sabe a ciencia cierta, tiene la íntima convicción de que lo mejor sería suspender todo; pero no puede tomar esa decisión y el domingo por la tarde noche, el Señor Pepsi Cola no trabaja, de modo que debe seguir adelante haciendo todo lo posible para que nadie exhiba sus genitales en un concurso de rock auspiciado por Pepsi.

—Está terminantemente prohibido el uso de explosivos y de armas de fuego (aun si están descargadas) y cualquier objeto que represente un peligro para asistentes o participantes. ¿Está claro, chicos?

Nadie contesta. Nadie dice sí. Nadie dice nada. Ni siquiera Los Lamisiles.

—Está prohibido lanzarse desde el escenario o lanzar objetos desde o hacia él. El participante que incurra en esto será descalificado. Y sobre todo: está prohibido el uso de banners, afiches o pancartas promocionando otro evento, sitio, compañía, agrupación política, etcétera.

Sobre todo esto último, Mister Pepsi Cola Company.

# 5

—¡Un momento! —gritó una chica de gótico atractivo, cabellos escarlata y aspecto mortecino, atravesando los fresnos de la entrada, escoltada por otras dos de iguales características y sinuosas proporciones musculares—. ¡Este concurso no puede empezar sin nosotras!

Obviamente, a todos los envolvió una atmósfera de intenso sobrecogimiento. Shock total. Sobre todo en la comuna punk, que a todas luces —se notaba, y mucho— no cogía nunca. Si bien Los Lamisiles no surfeaban la onda dark no era razonable negar que las minitas pudieran ingresar alguna vez en su lista de conquistas. Los punks andaban con sus musculosas caseras reventadas, tributo a Ricky Espinoza: con eso no se coge. Los Lamisiles, en cambio, en su jeep IKA recauchutado, pintado de amarillo furioso, escuchando “You make my dreams” de Hall & Oates (o “Wake me up before you go-go” por Wham!) a buen volumen —sin ensordecir a nadie pero con un clarísimo “aquí estamos nosotros”— atravesando la Avenida Sarmiento, hasta la rotonda, en esa extremidad asfalto fálica de Resistencia Conchecity, estaba claro, cogían. Y mucho.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó de mala gana la señora de Pepsi Company.

—Las Maryshelley.

—¿Las qué? ¿Cómo? Hablá un poco más fuerte, mamita, que no se escucha —preguntó la señora de la compañía arrugando la cara y disparando misiles (nuclear warheads) de bronca con los ojos—. Dale, chiquita, que no tenemos toda la noche...

—¡Somos las Maryshelley!

—¡Y nosotras las Holograms Pink! —dijo de repente una voz que precedió a la chica que inmediatamente después apareció por la entrada principal del CECUPO acompañada por otras dos, trío de singular belleza y felina seducción.

Las minitas Pink eran una versión femenina de los boludos Lamisiles. Versión pop rock, of course. Más pop que rock. Sin dudas, una inteligencia más evolucionada que los peludos punk de Materia Fecal. Aunque la facultad de raciocinio de estas chicas no siempre podía discernir la realidad del sueño (y esto era vox populi en el ambiente rock), tal y como lo puede comprobar la nube de pedos en la que flotaban sistemáticamente cada vez que aparecían metidas adentro de la vernácula moda que justificaba su divina existencia en un noventa por ciento de las cosas que hacían en aristocracia constante. “Jajaja —se sonrió Litter murmurando a la oreja de Funes—, qué nombre más pedorro, Holograms Pink (subrayando las palabras con tonito despreciable). Te das cuenta, Funes. El mundo se cae a pedazos y estas minitas viven en un supositorio vip”.

Fran, de Los Lamisiles (la gente del palo lo sabía, y la gente chismosa también), lustraba los zapatos Ricky Sarkany de su novia Roxana Pérez García De las Extremidades, vocalista sine qua non —si se me permite la alocución— de las Hologramas Rosas en criolla y exprés traducción, e hija de un eminente empresario dueño de una

cadena de supermercados; mucha guita, en resumidas cuentas. Si bien Fran Perezgueda tenía ocasionalmente acceso carnal a la presumida belleza de Roxana (que no sentía nada, mojada por fuera seca por dentro, como una piedra en el agua, la belleza de Roxana copulando se parecía mucho a penetrar un pedazo de cuadril –de ternera, eso sí), el costo que debía pagar por ello no le convenía ni un céntimo, pues la estrella pop de las Hologramas Rosas lo tenía a mal traer, el pibe de los mandados. Las otras dos chicas Pink, Enriqueta Mauricia Uriarte y Sara Jérica Carbonelli, se disputaban el pene de Jonathan Percíncula, al cual le atribuían extraños poderes rejuvenecedores vaginales, facultad fálica no comprobada por la medicina moderna, empero, no caben dudas a estas alturas, mito urbano entre sus amiguitas descerebradas contemporáneas. Lo cierto es que de tan chiquito no deformaba las vaginas por las que pasaba (esto es algo que han relatado los cronistas no del rock sino del palo chimentero: tipos mal pagos y resentidos acostumbrados a vivir vidas ajenas, sobre todo aquéllas especialmente miserables).

Las Maryshelley, en cambio, practicaban otra filosofía sonora, eso sí, gasolera, lo-fi, pero de resultados impactantes gracias a la voz cavernosa y potente de Paula Alonso. Por supuesto que Carla (guitarrista) y Mery Marrón (DJ) –sí, hermanas– dominaban la mayoría de los conjuros y composiciones del género gótico. Una versión sobre Paula corría entre la vagancia con prepotente veracidad: le decían *La Vampira*. Paula disfrutaba de relaciones abiertas y espontáneas, chica decidida y resoluta, y siempre conseguía perturbar a todos sus pretendientes, quienes simplemente caían rendidos a los pies de su lánguida belleza. Era muy puta.

Litter y Funes la tenían en la mira hacía ya un par de meses, cuando la vieron actuar en un show performático que al final de la

noche culminó en una hecatombe de proporciones luego de que Paula se desnudara sobre la barra del bar El Ancla Oxidada y desatará el delirio carnal entre los presentes.

Los punkis de Materia Fecal prácticamente no podían ocultar la erección, excepto, claro, Socotroco, de dudosa sexualidad. Las otras bandas —a cuyos miembros ya tendremos la oportunidad de describir con mayor precisión—, los metaleros de Séptimo Círculo, los bluseros de Triste y Deprimido y los indie de Macho Cat Garage se encontraban observando impertérritos las últimas incorporaciones sobre el ala izquierda del exterior del galpón del CECUPO, donde paulatinamente se ubicaban los músicos. La señora de Pepsi Company les dio a las Maryshelley unas indicaciones protocolares, ya evidentemente atribulada y repodrida:

—¡Apúrense chicas, apúrense! ¡Estamos cortos de tiempo!

“Corta la tiene Percíncula”, largó por lo bajo Socotroco. Comentario sorpresivo, sin dudas: ¿cómo podía saber eso un energúmeno del San Cayetano ampliación? ¿Cómo un lumpen hecho mierda y ultra berreta, sospechado de disforia de género y hermafroditismo severo, podía tener semejante precisión genital?

Junto a las minitas pop también lucían los Materia Fecal, los boludos Lamisiles y los despreciables Cenobitas.

—Che ¿a vos tu mina te comentó que clasificó para este concurso? —comentó Jonathan a su calzonudo coequiper.

—No, no me dijo nada. Nunca me cuenta nada —respondió algo fastidiado Fran, aunque enseguida entró en la cuenta de que lo estaba cargando, y tiroteó—: ¡Si sabés que nunca me cuenta nada para qué puta preguntás!



Fran y Percíncula reían en complicidad. Siempre impertérrito frente a hechos monstruosos provenientes de la matriz humana, Litter cabeceó inclinándose hacia adelante para desentrañar con las propias pupilas de sus ojos incalculables hasta dónde es capaz de llegar la miseria de un hombre. “Cuánto más bajo que la jeta de este tipo se puede llegar a caer” pensaba el cenobita, ingeniero sonoro de las vísceras del noise de ultratumba, subterráneo.

Las minitas disfrazadas ridículamente de rosa posaban frente a las cámaras de Canal 13, sonreían como putitas excitadas después de recorrer durante horas un shopping mall. “Antropofagia – pensaba Paula mientras literalmente sus ojos lanzaban lenguas de fuego sobre los rubios cabellos de las satinadas pink–, antropofagia, antropofagia”. En sus auriculares sonaba “Piss on the Wall”, por The J. Geils Band. Poderoso folk-stomp reventado.

–Esta escena me produce sentimientos encontrados. No sé si cogerlas o matarlas a todas ahora mismo con mi verga serpenteante –dijo Litter, evidentemente muy conmovido.

–¡Mi nombre es Fran Perezgueda! –se escuchó una voz al fondo, desencajada. Todos se dieron vuelta a mirarlo.

– ¡¿?!

–¡No, querido! Todavía no tenemos que presentarnos –intervino abruptamente la señora representante de Pepsi, gaseosa promotora y patrocinadora del mencionado gallinero reality de rocanrol.

– ¡¡¡Uhhhh!!!! –tronaron todos al unísono. Y cuando se dice todos, es todos: los cameramen, los productores detrás de las cámaras, los plomos, los técnicos, los músicos, la gente suelta en general adentro del CECUPO. Inmediatamente después, desde el sector punk (pudo identificar la señora de Pepsi) se escuchó:

—¡Puto!

—Chicos, no está bien descalificar al retardado. Uy, ¿eso salió al aire? —preguntó atemorizada la señora de la Pepsi mirando a una zona de bullicios detrás de las cámaras. Tenía cara de pocos amigos. También tenía cara de sociópata. Roxana De las Extremidades se avergonzó y lanzó una mirada de tangencial desprecio contra el boludo de su novio Fran.

—No —respondió un productor llamado Ulises allá en el fondo.

—Bueno, sigamos que se hace tarde y no tenemos toda la noche. Que las chiquitas de rosado y las otras disfrazadas de zorras no olviden completar el formulario de inscripción por favor, so pena de expulsión —dijo la señora, retomando el hilo protocolar de la cuestión, con el megáfono en alto—. A continuación, pasaremos a proyectarles este Power Point confeccionado de manera integral por expertos de la Pepsi Cola Company, donde se puede apreciar cómo se ha dispuesto la grilla de actuaciones:

1. El Séptimo Círculo (metal); 2. Triste y Deprimido (blues); 3. Macho Cat Garage (rock indie) y 4. Las Maryshelley (lo fi).

1. Los Materia Fecal (punk); 2 Los Cenobitas (harsh noise); 3. Los Lamisiles (techno pop) y 4 Las Holograms Pink (pop holográfico).

Vista esta placa, pasamos rápidamente a informarles que si existiese una falla de responsabilidad de la organización del evento, que por ejemplo falle el sistema sonido —siguió explicando la señora— y la banda se viese afectada, podrá repetir su presentación al final del concurso. Recuerden que cidís y cassettes defectuosos, cuerdas rotas, ruptura de baquetas o malfuncionamiento de algún instrumento de la banda no son responsabilidad del organizador

del evento. Repetimos: no son responsabilidad de Pepsi Cola Company, ¿está claro, chicos?

—¿Es obligatorio todo esto? Lo de la lectura del reglamento... —preguntó con vigorosa voz una de las zorras góticas, aunque nadie de los presentes supo establecer cuál de ellas con exactitud. De igual forma la pregunta quedó flotando en el aire y la señora de Pepsi tuvo que responder:

—No, claro que no es obligatorio, chicos —dijo, y comprimiendo su jeta con arbolado desgano, concluyó—: Está bien, concluimos aquí pero no se olviden: firma, aclaración y número de documento de todos los miembros de las bandas al pie del reglamento. Dejen la documentación con nuestras promotoras. Y prepárense para el show general que será televisado en vivo y en directo por Canal 13 de Buenos Aires en breves instantes... Ulises, ¿todo esto va editado, no?



# 6

Antes de la maratón, las bandas se dispersaron formando tribus en distintos puntos del amplio patio del CECUPO, afuera del galpón donde hasta hace instantes la señora de Pepsi procuraba ordenar a los revoltosos. Excepto los Materia Fecal, que, se dijo, sólo podían emitir onomatopeyas y monosílabos, no sorprendía ver a los miembros de algunas bandas intercambiar comentarios con los miembros de otras bandas —y entre sí— sobre las incontinencias que ya comenzaba a despertar el certamen entre sus participantes.

La señora de Pepsi charlaba con el productor (Ulises) sobre la edición del material audiovisual grabado, cerca de un frondoso fresno junto a las parrillas donde humeaban choripanes de antología.

El periodista que había entrevistado Los Cenobitas durante la lectura del reglamento se aisló en tácitas tinieblas, perdió el interés en la vagancia desde el mismo instante que comenzó el verdadero show con la entrada de las minitas góticas y Las Rosadas Pink. Ni bien pudo, chapeó la credencial de Prensa y galanteó el grabadorcito digital. Las únicas que le dieron pelota fueron Carla Marrón y circunstancialmente su hermana mayor Mery,

las Shelley. Las darkis tuvieron mejor predisposición que las riquitas pop que lo sacaron carpiendo; ni bien deshabaron que el periodista tenía acento local, muy litoraleño o tropicalísimo, que naturalmente se interponía entre ellas y sus refulgentes aspiraciones cosmopolitas, lo corrieron con declaraciones del tipo “no comments” o “fuck off, gordito”.

Litter se le fue al humo a la vampiresa Alonso. Funes prefirió armarse otro porro de la marihuana de su propio cultivo: cogollitos de una genética Destroyer de alto impacto (Los Cenobitas no consumen la mierda prensada de los narcos). Fran Perezgueda y Jonathan Percíncula, cerca de la puerta del galpón, en draconiana pose, ostentaban sus costosos equipos sonoros de gama compleja, cuya adquisición habían encargado a sus papis con un mes de anticipación, de cara al certamen del señor Pepsi Cola. Fran sacó de un portafolio de aluminio un aparato sintetizador Super Dimension Seaboard 88 teclas, valuado en seis mil o seis mil quinientos dólares –dólar blue– en Mercado Negro punto com punto ar. Verlos manipular toda aquella aparatología petshopboysiana en cámara lenta, o mejor aún, con cámara phantom, arrancados del generalizado contexto decadente del CECUPO, era óptimo para ilustrar un video clip tributo a Tears for Fears: “Everybody wants to rule the world”. Así de grandes estéticamente se esforzaban en mostrarse Los Lamisiles.

–Pendejos. Tienen toda la guita –masculó Paula.

– ¿Cogemos? –le dijo Alberto ni bien se paró frente a ella, evidentemente vampirizado, sin preámbulos, sin estrategias, sin medias tintas, sin nada que maquillara las ganas que le tenía.

–Todavía no te toca a vos, querido –esquivó hábilmente la gatita de negro.

Una turba de rolingas se agolpó en los portones de acceso al CECUPO, por calle Cervantes. Exigían ingresar gratuitamente al predio. “Una cosa de locos –comentó el productor Ulises cuando le transmitió la noticia a la señora de Pepsi–. “Si no queman todo, me dijeron los pendejos del orto. ‘Mirá que quemamos todo’, me amenazaron”. “¡Negros de mierda –protestó la representante de la compañía de gaseosa–, la ley los ampara! Bueno, háganlos entrar, pero que Seguridad los siga de cerca, y estate atento que no quemen nada estos drogadictos”. La espalda del productor se perdió entre la multitud ante los gatoparduzcos ojos de la responsable in situ en caso de cualquier imprevisto, eventualidad o quilombo.

– ¡¡¡Ajú ajé ajé ajé juis troco troco!!! –bramaron los punkis de Materia Fecal cuando vieron entrar a la caterva en onírica procesión, encabezada por la guardia stoniana de Flequillo Tremebundo, un rolinga histórico de cincuenta y seis años. Tocaba la guitarra desde hacía miles de millones de años con los *Profound Messes*, una banda integrada por dinosaurios y homoneanderthalensis que no había clasificado para el certamen de Pepsi porque Flequillo Tremebundo básicamente a su edad ya no podía soportar una presentación entera haciendo bailar sus raquílicas y arrugadas extremidades tal y como lo exige el Tratado de Verjaggers. De pibe a Flequillo le decían *El Horadador de Burzaco*, aunque nadie sabe bien por qué: se había venido con ese mote de Buenos Aires al Chaco y aquí luego de atravesar diversas encarnaciones – todas ciertamente lamentables, como si en cada una de ellas estuviera ya el germen de la decadencia que la tragedia reserva sólo para el final– se volvió rollinga. Y se volvió *Flequillo Tremebundo*.

–Uy, estos humanoides vienen a romper todo –dijo Funes algo compungido, degustando el delicado aroma con matices frutales

de lavanda que despedía el humito sinuoso de la brasita de su porro Destroyer, cuyo intenso efecto psicoactivo cristalino y cerebral animó su apagado humor y, elaborando un improvisado gesto de auxilio, dijo hacia la zona donde estaba Litter, quien obviamente había sido rechazado por la gótica y se negaba tajantemente a admitir la derrota: “Che, Litter, los mellizos de Villa Crematus están infiltrados en la turbamulta. También veo muertos vivos”.

Pero Litter ya estaba en otra.

— ¿Y? —sopló Litter.

— ¿Y qué? —dijo Paula Alonso, junando por encima del hombro del excitado y fracasado escritor a la minita de enfrente, la bajista de El Séptimo Círculo, Amanda Ghost, una rubia rapada con tatuajes y piercings por todos lados y delineador de labios color Russian Red.

— ¿Cogemos? Vos, yo, los fresnos... no podés dejarme pasar —dando pasos hacia atrás y colocándose unas gafas oscuras y un gorrito tanguero algo desentonado en la tropicalísima city aunque de winner, hábil gambeteador dadas las circunstancias, hay que reconocerlo—. Ahora me voy, reptiliano eseoese oyen mis oídos.

Litter se perdió entre la multitud ya apabullada tras la sorpresiva invasión rolinga. Las hojas de los fresnos se bambolean en los altos entre tinieblas nocturnas. Funes, gran observador del horror cósmico, reparó atentamente en el desarrollo de la escena, y mientras Litter se alejaba de Paula Alonso, éste presenció el desprendimiento de los ojos de las concavidades orbitales que los contenían, saltar por encima de los hombros del cortejador compulsivo y pegarse como chicles a las tetas de la bajista. Litter era un encarador natural: sólo le interesaba eso.



Los Lamisiles se pusieron algo tensos y volvieron a guardar el sintetizador Super Dimension Seaboard 88 teclas. Alberto Litter pasó por al lado de los pendejos y les echó una mirada fulminante a través de sus gafas oscuras (de receta, con aumento para la miopía). “Qué cara de boluditos que tienen estos dos”, pensó. “Los voy a amenazar con la 38 corta, se van a cagar en las patas y no van a poder tocar una mierda, jajaja”. Dicho y hecho. Litter se acercó, mostró el revólver y les dijo: “Si se hacen los locos les meto plomo”. Y al final, ya yéndose para no avivar a los de Seguridad y a la señora de Pepsi Cola Company (quien se veía bastante alterada), agregó ante la mirada de terror de los Lamisiles:

–Putos. Llegan a decir algo y los cago a tiros. Acá o en otro lado si acá no puedo. Así que *mute*. ¿Ok?

Litter se alejó y sin necesidad de mirarlos supo que los Lamisiles habían quedado demudados.

–Me preocupan nuestras máquinas –fue lo primero que dijo Funes cuando lo vio aparecer a Litter de la nada. Le convidó el porro Destroyer. Litter fumó. El placer invadió su cerebro, sus corneas ardieron y su pelado cráneo transpiró. Más piola, escuchó con atención el parte oficial del compañero cenobita:

–La guardia stoniana de Flequillo Tremebundo logró penetrar las defensas del CECUPO, los tipos no clasificaron para el certamen y están enojados, no hay nada que podamos hacer; Litter, estamos perdidos, todos vamos a morir.

–Sacá la guitarra de una sola cuerda –dijo el cenobita.





Tic tic tic (ruido de palillos chocando a modo de metrónomo):

– ¡¡¡Undostré vá!!! ¡¡¡Aaaaarrrrrghhhhhhhaaiiii  
¡¡¡Aaaaaaaa aaaaaaargggggggghhhhh!

Tango desgañita su voz con tal violencia que es lógico asumir en ese momento que nunca más podrá volver a hablar después de semejante alarido. Veinte segundos después, Materia Fecal resulta una bola de fuego instantánea. Los pelos del jurado se sacuden violentamente: alguien ha subido clandestinamente el pote del master de volumen de la consola central en la mesa de sonido, y los Materia Fecal arremeten con un cover de The Exploited: “Fuck the System.”

– ¡Fak el sistema! ¡Fak el sistema! –grita desaforado Tango.

Materia Fecal suena impecable: es, se dijo, una bola de fuego lanzada a toda velocidad sin control y sin dirección. El bajo, podrido con pedales baratos, lleva adelante el horrendo carruaje punk descapotado sobre el cual avanzan y atropellan los Materia Fecal. Van repartiendo mazazos medievales a mansalva en una épica cruzada para salvar al rock de los afectados indies y desnaturalizantes electrónicos. Y por supuesto se escupen entre ellos. Les valdrá la descalificación, pero ¡qué importa! Son punks.

El Lacra arremete con un solo de guitarra incendiario. Dura pocos segundos, como corresponde.

Materia Fecal no se arrastra como Black Sabbath o todas esas bandas doom o sludge, incluso stoner: Tango y la banda del Sanka—ampliación son ponks (con o) y corren a toda velocidad como cadáveres lanzados por una catapulta infernal, llevándose puesto todo lo que se les cruza en el camino.

Los representantes de los sponsors se miran atónitos, desconcertados. No saben qué hacer. No se les ocurre desenchufar todo, aunque sería lo único capaz de detener el descontrol puesto en marcha. Es tanto el desconcierto que Materia Fecal hace temblar hasta sus cimientos el viejo galpón durante más de cuatro minutos sin que nadie, absolutamente nadie atine a hacer nada.

Ni siquiera apagan las luces. El tipo que tiene eso a su cargo parece ser un fanático reprimido de Exploited porque las luces robóticas giran, suben y bajan furiosas aportando epiléptico caos estroboscópico al violento desquicio punk de los Materia Fecal.

Ellos no lo saben ni les interesa, pero obviamente antes de que terminen su fantástico y poderoso cover de “Fuck the system” ya han sido descalificados por escupir y por agarrarse Tango los genitales como manifestación nihilista de virilidad.

Segundo solo de viola: el Lacra se agacha y le da rosca a las perillas del pedal de distorsión. La banda para —eso no está en la versión original— y Tango mira fijamente a la cámara y grita:

—No interesa lo que tengas para decir, de todos modos nunca te escuchan, ¡¡¡arrrrrhhhhggggggghhhhaaaaaa!!! Así que ¡a la mierda el sistema! ¡A la mierda el sistema! Tiremos todo a la mierda, el futuro es caos y anarquía, miseria para siempre es el camino del

gobierno, así que a la mierda con el sistema: el caos va a destruir todo ¡¡¡aaaaaargggghhhhhhhhhhhhhh!!!

Lacra sigue arrodillado, como Thurston Moore en sus mejores momentos noise con Sonic Youth, sosteniendo su Fender imitación-réplica con una mano y con la otra dándole rosca a las perillas de un amplificador Orange (muy improbable amplificador para Materia Fecal, pero allí está como legítima prueba de que no todo es lo que parece y que no siempre juzgar por las apariencias conduce a resultados exactos) y a las perillas del pedal barato con el que llena de feedback el sonido de su guitarra.

– ¡¡¡Arrrrrrrrggggggghhhhhhhhh!!! ¡A la mierda el sistemaaaaaaa! Pónte de pie y pelea, no te quieren escuchar pero cuando la anarquía y el caos reinen tendrán que hacerlo ¡¡¡arrrrrrrrggggggghhhhhhhhh!!! –y la banda arremete con una memorable coda que encuentra a Tango inmóvil, aferrado al pie del micrófono, en silencio, mirando desafiante al vacío.

Y Materia Fecal se extingue explosivamente. Del mismo modo que arrancaron.

– ¿Afinan en Re? –dice uno de los jurados, pero no sale al aire. El iluminador, desde una sillita ubicada en las vigas que atraviesan el techo del galpón, hace cuernos con sus manos y headbangua desaforado, poseído por el Satán nihilista de la más honda, la más pútrida tradición punk. La que nos gusta a todos los que amamos de verdad el punk. No tomorrow.

No hay devolución del jurado para Material Fecal. El galpón se ha vuelto un aquelarre de punkis exacerbadas escupiéndose entre sí y escupiendo a la banda.

–No entiendo cómo alguien se puede calentar con esas minas –murmura horrorizado Fran de Los Lamisiles.

—Es un asco —corroborra Johnny.

A un costado de aquel averno punk montado por Tango y los suyos, con absoluta economía de movimientos y gestos y emociones, duros pero relajados, Los Cenobitas participan a su modo de la escena.

—Esos dos son putos —le dice Litter, sin mirarlo, a Funes. Y se acomoda los huevos. Acaba de llegar. No vio nada de la presentación de Materia Fecal, viene de afuera, de un galpón lleno de porquerías, en desuso, justo al costado del galpón principal (donde tiene lugar el concurso).

—Ciertamente —responde Funes, solemne.

—Se cogen entre ellos —refunfuña Litter y apunta con su índice izquierdo a los asustados Lamisiles, justo en la pared de enfrente del galpón, donde aguardan su turno. Los señala con el dedo y en sus labios se lee a cien metros de distancia lo que les dice a Los Lamisiles: “Ustedes dos son unos putos”.

Fran y Jonathan ven a Litter y Funes y se dan cuenta que Los Cenobitas se han tomado el trabajo de prestarles atención a Los Lamisiles aun en medio de aquel caos en curso, pero la verdad es que tienen mucho más de qué preocuparse: ellos siguen en la grilla y Materia Fecal ha dejado el escenario en llamas. Paula Alonso, vocalista de las Maryshelleys, aprovecha el quilombo y lanza un gargajo extrañamente espeso y más blanco de lo normal sobre el sintetizador Super Dimension Seaboard 88 teclas de Los Lamisiles. El anormal gargajo da justo en la tecla G (oh, ironías del destino) o Sol (según la codificación que ustedes prefieran), en la parte de arriba, y se desliza lentamente hacia abajo, como una babosa en agonía, cubriendo toda la tecla (que usarán mucho Los Lamisiles

en su pop de mierda, rebosante de la alegría y felicidad pedorra de quien nunca ha tenido que laburar, e ignora por completo de qué va la Ley 20744) con un líquido blancuzco, denso, muy parecido a una mezcla de saliva y semen.

Poseída y puta, Paula grita:

—¡Dirt! ¡Dirt! ¡Dirt! You piece of white trash dirt —y se ríe desencajada, feliz, exultante frente a la espantada mirada Lamisil. No se escucha nada, obvio: pero quienes han visto, luego del escandaloso final, las filmaciones de las cámaras de seguridad (preservadas en un servidor remoto), juran y perjuran que al leer los labios de Paula se leía eso: “¡Dirt! ¡Dirt! ¡Dirt! You piece of white trash dirt”. En perfecto inglés.

Picos de 36 puntos de rating. A los pelotudos que miran tele, que compren felices cualquier basura que vomite el televisor, lo que se dice “la gente”, les gusta el morbo. No aceptarían jamás que unos mierda resentidos como los Materia Fecal ganen el concurso. Pero está bueno ver un cadáver de un cualquiera, todo roto tirado en el asfalto, justo después de ser embestido por un colectivo de línea, mientras pasas con tu auto de alta gama camino al San José para comprar tus medialunas para el desayuno del domingo.

Cut to commercials.





# 8

La poca gente que aún no había ingresado hacía cola para entrar al main stage del CECUPO. Les exigían estar adentro a todos porque cuando comenzara la transmisión no podía ingresar nadie al improvisado estudio central del canal del solcito.

El cielo se había cubierto pero la temperatura no bajaba. El calor adentro del galpón era infernal. Las luces y la muchedumbre no ayudaban para nada.

Sin embargo ese momento, la previa al show, el ingreso al estadio, contemplado con tranquilidad y desde afuera, en contrapicada, tenía toda la belleza de la calma antes de la tormenta. Grupos de amigos charlando, pegando las últimas pitadas al vigésimo Philip Morris de la tarde, dando pasitos cortitos como los que dan los ancianos que ya casi no pueden caminar, apretados como ganado esperando a pasar por el brete antes del baño. Todos rostros felices. Como ese estúpido animal que tantas riquezas nos ha generado sin trabajar: la vaca. Que hace caso, hace caso y sigue haciendo caso hasta el mismísimo momento en que le parten la cabeza con un martillo mecánico en el matadero. Extraño animal sometido, la vaca. Todo a cambio de una vida más menos tranquila en el campo con alimento y agua asegurados (aunque últimamente ni eso).

Litter se sentó sobre el muro perimetral que está al lado de las parrillas humeantes, vergeles de chorizos pletóricos de grasa explotando: auténticos fuegos artificiales del peronismo de manual. Sacó su celular del bolsillo y conectó los auriculares. Seleccionó en la pantalla táctil “Sleeping Lessons” por The Shins Indie. Es una opción muy improbable; pero Litter sabe que no pueden descubrirlo escuchando eso así que, volumen al máximo, auriculares de alta precisión y gran insonorización ambiental, Grado Labs SR80i, los Shins bañan con un manto de belleza el grotesco, el gazpacho humano que se está armando en ese gran caldo de cultivo para la desgracia y el amor y la felicidad y lo inolvidable: el mejunje de fantasías rockeras en el que se cuecen, por razones y motivaciones distintas, todos los autoconvocados ese domingo cualquiera en el CECUPO.

Litter es, ante todo, escritor. Escritor devenido en esto: “Ingeniero sonoro del horror”, como marketineramente suele decir Funes, otro músico fracasado devenido en escritor. También fracasado. Pero no importa: a nadie le importa y a ustedes tampoco porque Litter es un hijo de puta que anda armado —según ya hemos contado— y de Funes se puede esperar cualquier cosa. Litter, ante todo, es un escritor y por tanto piensa como tal: piensa y escribe pensando. Los Cenobitas son todo un caso: perfectos incompetentes para la ejecución de instrumento musical alguno, se han inventado un mito a su alrededor, se han creado una carrera, una trayectoria apócrifa. Se han dado un nombre y lo han puesto a rodar. Le han dado de comer: son dos ladrones.

2.26 minutos: “Sleeping Lessons” explota y nadie podría imaginar siquiera que Alberto Litter, el tipo ese que está sentado en el muro perimetral, rodeado por el humo de los chorizos que explotan en la parrilla esbozando una sonrisa, es el mismo tipo que den-

tro de un rato se propone generar el más espantoso momento antimusical en la historia de la música.

Litter mira fijamente la pantalla apagada de su celular. Sabe que es cuestión de minutos para que entre un mensaje. La pantalla se enciende. El teléfono vibra. En la barra superior, el resumen del mensaje que acaba de entrar dice: *Palonsito: dnde?*. *Palonsito* es el modo cariñoso con el que Litter agendó en su teléfono el número de Paula Alonso, a quien conoció en Macedonio durante una presentación de Los Cenobitas que duró 48 segundos y terminó en escándalo.

Antes de que Litter le conteste el mensaje, Paula lo divisa y se acerca a las parrillas.

—Vamos al galpón. Ahora sí. Ya —le dice, imperativa, Paula. La cosa se vuelve oscura. Todo eso de la gente entrando, el folklor (sin e) del rock y la belleza de los Shins ha quedado muy atrás. Y la cosa toma el color que nunca debió perder: se vuelve oscura. Blusera.

Todo el mundo los ignora. Litter y Alonso, Alberto y Paula, caminan hacia el depósito lleno de material de utilería en desuso que está al costado del galpón central del CECUPO. Entran tal como llegaron hasta ahí: sin ser advertidos. Se corren hasta un rincón más oscuro que el oscuro galpón y sin decir nada Paula Alonso, vocalista de las lo-fi Maryshelleys, se arrodilla, desabrocha el cinto negro y desabotona el jean de Alberto Litter, que sigue con los auriculares puestos. Sube el volumen para concentrarse en la terrible fellatio de la que sabe —por experiencias previas, claro— capaz a Paulita, y The Birthday Party le perfora la cabeza con “Mutiny in Heaven”.

Parece mentira, pero la boca que dentro de un rato abordará — en castellano— el núcleo duro del retorcido, áspero y desesperado

cancionero de Ian Curtis, es la misma boca que trata con indecible suavidad y dulzura la entrepierna endurecida del cenobita Litter.

Litter, ante todo escritor, piensa –mientras, ahora, suena “666 Conducir” por Black Rebel Motorcycle Club–: “Debería escribir todo esto; debería tomar notas mentales, recordarlo todo; esta piba acá, arrodillada en este galpón de mala muerte, chupándome la pija sólo porque le gusta mi pija: es una gran historia. Punto. Ciertamente: una gran historia. Paula es muy dulce: trata muy bien a mi pija. Observación: no debo decirle así en el texto. No debo referirme a mi pene como pija: tengo que tratar de lograr un texto de lenguaje moderado, como los textos de Mempo. Como *Luna Caliente*, sí señor. Así. Dios mío: cómo chupa la pija Paula. Un texto moderadamente porno, levemente reaccionario, con cierto aromita rebelde, Mayo Francés del 68, algo por estilo: algo pedorro que no desentone con la gente que va a comprar el libro, porque claro, necesito vender el libro y si no se vende estoy en el horno: así que moderadamente rebelde, sin utilizar la palabra pija”. Estos pensamientos le permiten a Litter prolongar más el momento del orgasmo.

Paula, que sigue arrodillada, no lo ve ni lo escucha –gran concentración demanda una fellatio correctamente desarrollada y Paula es una artista del pete–, pero Litter la mira por primera vez, bajando su cabeza, sin sacarse los auriculares –ahora el soundtrack lo aporta Lydia Lunch & Big Sexy Noise con “Not your Fault”–, dice en voz alta sin escucharse a sí mismo: “Quisiera que esto dure para siempre...” Y sonríe satisfecho.

El final está cerca. Paula no para. Litter agarra su cabeza con ambas manos y empujando con los brazos la lleva para atrás y se inclina: le come la boca a besos durante varios minutos. Se separa, se

aleja de la boca de Paula Alonso y sin soltarle la cabeza, que sigue sosteniendo entre sus manos, le escupe violentamente en la cara. Parte del escupitajo entra en la boca, parte se estampa contra la comisura de los labios de Paula. Y como si esto fuera miel satánica, Litter vuelve a arremeter contra la boca de Paula, como si quisiera arrancarle las glándulas amígdalas con la lengua, para luego completamente poseído entrar de cuerpo entero y morirse ahí, desintegrarse así y que finalmente el olvido se concrete y un ser tan nefando como la autoconciencia de Alberto Litter jamás haya nacido.

Gana tiempo. No quiere acabar. Paula gime. Litter juega con sus dedos con la boca de Paula, que está mojada por fuera y por dentro. Litter se detiene, la aleja inclinándola un poco más para atrás y susurrándole en la oreja le dice:

–Shhhhh.

Paula ya no gime. Respira agitada y sonoramente. Litter sigue:

–Es Lynyrd Skynyrd. Está haciendo efecto.

El rímel negro azabache con el que se produjo para el evento ya ha hecho estragos sobre el aspecto de Paula, que fuera de sí, olvidada del mundo y de sí misma, se parece al Robert Smith de “Disintegration” pasado de ácido. Se frota los labios con la lengua y por las comisuras caen delgados hilos de saliva mezclada con líquido preseminal.

–Free Bird –dice Litter. 4 minutos cuarenta y tres segundos: la canción se desata. 4.56: solo de guitarra. Litter le repite a Paula–. Free Bird.

Vuelve a ponerse los auriculares y Paula se lanza hacia el desenlace. Violentemente, desenfrenada, como si de eso dependiera la vida de millones de personas en China, se la chupa a Alberto Litter

en ese galpón decadente. Litter empieza a retorcerse, Free Bird se condensa, se agrupa y parece que va a explotar, y Litter también y Paula también y Litter quiebra el cuello para atrás y abre los ojos y se encuentra con un techo de chapas viejas y en mal estado que apenas puede ver entre tanta oscuridad. Y eyacula en medio del solo final de viola. Y Paula también acaba, sin tocarse. Justo cuando está tragándose todo lo que ha sabido sacar del cuerpo cenobita.

Afuera, la gente agolpada frente al escenario ha empezado a aplaudir exigiendo el inicio del show. Se aprestan a debutar en televisión Tango y sus Materia Fecal.

Los punkitos escupen desaforadamente, en tributo y muestra de afecto a sus ídolos, inmensos gargajos punks que vistos de costado al atravesar los haces de luz de los tachos de colores parecen pequeños gorriones espumosos.

*Tic tic tic* (ruido de palillos chocando a modo de metrónomo). Es demasiado tarde para detener la maquinaria infernal que don Pepsi Cola Company ha puesto en movimiento.

Phantom camera: miles de cabezas saltan asincrónicamente. Vuelan gotas de sudor. Todos mojados y malolientes. Los Materia Fecal inmóviles sobre el escenario. Expresión desfigurada de horror en los rostros de los ejecutivos de la Pepsi encargados de ejecutar lo que se había pensado como un plan maestro para captar público joven. Los acordes de “Enter Sadman” (Metallica, no hace falta decirlo) anuncian desde el soundtrack que la caja de Pandora va a abrirse.

*Tic tic tic:*

– ¡¡¡Undostré vá!!! ¡¡¡Aaaaarrrrrghhhhhhhaaiiii ¡¡¡Aaaaaaaa  
aaaaaargggggggghhhhh!

# 9

Fernando Funes sacó de un bolsito negro la legendaria guitarra de una sola cuerda, instrumento capital de cenobita maquinación. Construida tan solo con una tabla de madera vulgar, un jack de salida, una pastilla single de micrófonos y una cuerda sexta tensada al mango, era capaz de emular sonidos extremos y perturbadores distorsionados con extraños dispositivos electrónicos conectados a una computadora portátil, manipulada por el propio Funes. Cualquier desgraciado topo de los mundillos subterráneos de Resistencia City escuchó toda clase de historias sobre la guitarra de una cuerda. Que una vez la utilizaron en un show –under– protesta que improvisaron dentro de un baño de dos por dos, en el municipio público, en contra del aumento del pasaje de colectivo ordenado contundentemente por la ingeniera Edith Stafuza (alcaldesa tropical). Que una vez Funes la hizo sonar en la morgue del Perrando. Que otra vez Litter la intervino con aparatos de tecnología reptiliana. En fin. Historias corrían y muchas sobre la guitarra de una cuerda pero lo cierto es que muy pocos la habían escuchado. Todos sabían de ella. Todos hablaban de ella. Había incluso quienes le tenían miedo. La consideraban un instrumento satánico para llevar a cabo sonoros propósitos heréticos. Pero sólo Funes y Litter

conocían el verdadero poder de la guitarra de una sola cuerda. Y precisamente su poder también residía en el misterio que envolvía su mitificación musical harsh noise: el aparato debía sonar en ambientes cerrados para lograr una perturbación mental plena del receptor. Además, Funes era un gaucho velocista manipulando la guitarra de una sola cuerda y en un tiempo récord de cinco mil milisegundos la conectó a una distorsión que entraba a un amplificador enchufado a una fuente de energía electrógena cuando Litter se lo solicitó, de modo tal que el equipo de sonido quedó solamente emitiendo zumbidos y diafonías, listo para ser ejecutado. Funes, acucillado y estático como un vaquero de Corbucci a punto de disparar, sostenía el aparato sobre su regazo mientras un grupo de rolingas encabezados por Flequillo Tremebundo se apersonaron —no sin cierta cautela, hay que decirlo— al rincón donde los cenobitas fumaban marihuana Destroyer.

—Che, dame un porro —ordenó al aire Flequillo Tremebundo.

—Perdete de acá —lo fulminó Litter.

Funes peló una púa metálica forjada con pedacitos del bronce que él y Litter habían robado de las tetas de la estatua de Evita, ubicada en la Plaza 25 de Mayo de 1810 esquinas Julio Argentino Roca y Santa María de Oro, para imprimir dramatismo a sus actuaciones.

Flequillo Tremebundo y sus secuaces rolingas no eran, empero, ningunos boludos. Ni bien distinguieron el minúsculo brillo de la púa entre los dedos de un Funes imperturbable, suspendida a infinitesimal distancia de la cuerda excitadísima por echar su leche retumbante, abdicaron de sus drogadictos propósitos. Ignoraban que la guitarra cenobita funcionaba solo puertas adentro y que su efecto destructivo se reducía casi a la mitad en exteriores.



Pero Flequillo Tremebundo, como cualquier stone vitalicio o líder de manada, todavía respetaba los mitos: ¿la guitarra de una sola cuerda tenía realmente el poder para reventarte los tímpanos? ¿Podía sucumbir tu cerebro frente a una exposición prolongada de aquel chillido espeluznante? ¿Podía meterse en tu cabeza y joderla hasta volverte loco? Pues Flequillo Tremebundo pensaba que sí. Que, si bien era imposible comprobar la veracidad verdadera de los sucesos de locura y espanto que involucraban de una u otra manera a la guitarra de una sola cuerda, no tenía ninguna objeción que hacer con respecto a darlos por ciertos y por esa misma razón resolvió no arriesgarse, no sin antes dar la orden de retirada a sus mugrientas escoltas rolingas subhumanas y por supuesto no sin decir mientras el repliegue acontecía:

—Ya los voy a agarrar sin la guitarrita del orto.

La horda se replegó ante la victoria parcial de los cenobitas. Flequillo Tremebundo había quedado como un boludo frente a mucha gente y seguro se las iba a cobrar todas juntas en el transcurso de la noche, en algún momento dado, cualquier oportunidad por minúscula que fuera motivaría una declaración de guerra abierta y pública; había que permanecer alertas. “Los rolingas, para armar bardo, son mandados hacer. No van a parar hasta que pudran todo” pensó Litter. “Suerte que traje el chumbo. Los voy a cagar a tiros si se hacen los vivos”. Y fue a sentarse sobre un murito perimetral al lado de las parrillas.

El apocalipsis rockero, sin embargo, debería esperar.

Flequillo Tremebundo y su séquito de viciosos se perdieron entre los fresnos del fondo del CECUPO. Funes guardó la guitarra de una sola cuerda y Litter recibió un mensaje de texto. Funes volvió a armarse un faso. Litter leyó el mensajito

y acto seguido se perdió caminando entre el bullicio nocturno. Funes saboreó el faso.

“Hay tres tipos de extraterrestres genuinamente aceptados: grises, insectoides y reptilianos. Pero en nueve casos de diez, las personas reportan haber visto a los grises. De hecho estoy en duda sobre los otros dos, especialmente los reptilianos”, recordó Funes. Se lo había dicho alguna vez su abuelo chapista y reptiliano aunque no creía en los reptilianos ni en el peronismo reptiliano, eso recordó Funes de memoria.

Hay que decirlo ahora.

Funes es un necroscópico: tiene percepción extrasensorial, puede “ver cosas” que las demás personas, el corriente común de la ordinaria gente, no pueden por ser demás personas. Dicha facultad paranormal le permite comunicarse, hablar, dialogar, mantener una conversación, con “esas cosas” que él ve desde que los reptilianos lo secuestraron cuando cumplió dieciocho años, dicen que, y lo devolvieron tres días después, dicen que, sanito y salvo aunque bastante perturbado el pobre; eso sí, nunca fue el mismo. ¿Sería Fernando Funes la prueba viviente de que los reptilianos efectivamente están entre nosotros para desgracia de la memoria de su abuelo que en paz –se cree al menos– descansa?

El galpón saltaba de alaridos atronadores. Los punkis retumbaban en su mejor momento.

Y la señora representante plenipotenciaria de Pepsi Cola Company, así como seguramente la totalidad conjunta de su equipo de producción, vivía en cambio una pesadilla atroz. A dicha señora podía vérsela a las corridas, unas veces más acá, otras veces más allá, hablando por teléfono celular con algún alto responsable,

quizás un CEO con domicilio en el estado de Delaware, paraíso fiscal yanqui, haciendo señas y gesticulando graciosamente sus mejillas regordetas y transpiradas, saltando como un sapo de zanja que busca eludir el zapatazo de un transeúnte. Los punkis estaban armando un quilombo de proporciones. Funes reconoció rápidamente los alaridos de Tango; nadie podía quebrar la voz como él. Su único genio era inconfundible. Como Funes ya conocía el *modus operandi* de los fecales y su show de escupitajos, pollos, gargajos, esputos, flemas y salivazos, decidió sin embargo y por las dudas no acercarse demasiado a la zona de portones del galpón para evitar así futuros disgustos.



# 10

Mientras tanto, en el insalubre depósito-sala-de-ensayo de Fernando Funes, Los Cenobitas se preparan.

—Deberíamos llevar esto —dice Litter señalando unos bidones de amoníaco arrinconados.

—No: demasiado olor. Frenarían todo antes de tiempo: por el olor. No te preocupes, tengo algo especial para eso: gel volátil hidrocarbonado monoterpénico —contesta Funes. Girando en seco pierde su mirada en algún lugar improbable, y por ello rodeado de misterio y hasta cierto halo místico, prosigue, ahora susurrando—: aceite volátil de trementina, mi querido amigo. Aceite volátil de trementina.

Alberto Litter no sale de su asombro (y es entonces cuando aparece *Ladrón de Cadáveres* sobrevolándolo todo y por su digno intermedio la maldición originaria, primal y fundante de Fernando Funes y el Dr. Cecilio Perrando) abre sus ojos (y la aparición se esfuma frente a la voluntad de poder) y juntando sus manos en abrazo alfonsinista pero a la altura del esternón, separando ambos codos lo máximo posible del torso, dice:

– No sabía Funes que eras experto en estas cuestiones químicas.

– Oh sí, Litter. Oh sí: creen que bromeo. Creen que el español es un juego. Creen que ya nadie habla así, Litter, oh sí. Y menos aun que en el lenguaje coloquial utilicen esa expresión “oh sí”. Creen eso, mi amigo, y no pueden notar el error en que incurren, cegados por creencias en dioses mendaces y arbitrarios a los que descalificamos completamente, oh sí Litter, por hijos de puta y pop. Sobre todo por eso: por POP, por pop, por pop. ¡Por POP!

–Sí, Funesmortis: por pop –acierta a intercalar Litter.

–Dioses así deberían arder hasta sus cenizas. Y para que las llamas se los lleven, para que las llamas ¡LITTER! den por tierra con esos dioses asquerosamente pop, qué mejor que un buen baño de tales seres en... aceite volátil de trementina.

Fernando Funes siempre hablaba así. Parecido al conde Drácula en cuanto a la prosa, pero la cosa asumía dimensiones épicas cuando a esa natural tendencia a la belleza y ética poética gótica en la prosa se le sumaba la ingesta masiva de cogollo de marihuana autocultivada. Y pastillas. Y alcohol, está claro. Sin embargo era impactante su capacidad para jamás perder el hilo de lo que estaba diciendo, sin importarle ni siquiera que Litter estuviera viajando por otra dimensión astral incapacitado por completo de comprender absoluta y rabiosamente –se diría que– nada de lo que Funes estuviera exponiendo; así –retomando el hilo del relato–, Funes, moviendo lentamente de lado a lado su cabeza –mirada perdida–, da más detalles acerca del aceite volátil de trementina:

–Este gel, Litter, es un destilado de trementina. Aceite de pino, Litter. Aguarrás. ¿Entendés ahora? Un blend de hidrocarburos terpénicos alfa y beta pinenos flotando en esta solución de alcohol,

éter, cloroformo y ácido acético. Un blend... Muaajjjjj... ¡EXPLO-SIVO, LITTER! Muaajjaajjjjjjjjjj Arrrrgghhhjjjjjj...

—Brillante, Funes. ¿Puedo decirle “agente Funes”? Brillante, agente Funes.

—Y además de su extraordinaria cualidad inflamable, además es nocivo por inhalación, ingestión y sobre todo... —Litter estira una mano para tocar el frasco que Funes tiene en sus manos y se detiene abruptamente cuando escucha—: ¡¡¡NOOOOOOOOOO!!!! No toques eso. Es nocivo sobre todo... en contacto con la piel, mmmuuaaaaajjjjjajaaaaaaaarghrhrgrgrgggg.

Los Cenobitas preparaban su equipo para su performance en el CECUPO. Habían consumido ingentes cantidades y variedades de estupefacientes legales y de los otros. Litter aprieta sus dientes como si intentara rascarse así el cerebro y las ideas —que le picaban— y con una de sus manos con la palma hacia el frente haciendo de escudo a la altura del pecho y la otra apuntando al rincón vacío del depósito cenobita, gruñe:

—Nos odian, Funes. Los bluseros nos odian. Los jipis nos odian. Los punks nos odian. Hasta las bandas noise nos odian. Nos odian, Funes. Está claro. Hoy les vamos a dar su merecido.

—Oh, sí Litter. Oh, sí. Oh, sí.

Litter selecciona una canción y pone el volumen al tope. Rugen los motores de dos choperas, en estéreo, y ruge la guitarra de Mick Mars cabalgando sensualmente sobre el bajo de Nikki Sixx, y todo esto evidentemente hace eyacular a Tommy Lee que se expresa por intermedio de los palillos. Es “Girls Girls Girls” por Motley Crue.

—Gran banda, Motley Crue —dice Alberto Litter, alzando sus brazos rígidos en V—. ¡Gran banda allá durante la primera mitad de los 80! Viernes a la noche y necesito meterme en una pelea: mi motocicleta es una navaja afilada; me pongo un montón de Glostora en el pelo y me siento bien, pero lo que realmente necesito para sentirme suaaaaave son chicas, chicas, chicas.

—¡Oh, sí, loado sea Mooooootley Crüe! —grita Funes—. ¡Chicas, chicas, chicas!

Meten en la caja de los equipos una extraordinaria cantidad de aceite volátil de trementina, bengalas, candelas, poderosas bombas de humo y unos cuantos metros de media sombra.

Es evidente que la cosa va a terminar muy mal.

Pero es incluso un poco peor: Litter encanuta, menos sofisticada, menos dramáticamente pero con seguridad tan efectiva como la de Funes, un treinta y ocho corto, y se lo calza en la cintura.

Llegan relativamente temprano al CECUPO. Compran 12 latas de Imperial 500 —bien heladas— y las incluyen en el acta volante *Declaración de equipos de los músicos*.

—Por favor completen este formulario —les dice una señora ubicada en una mesita apenas traspasado el brevísimo control policial con vallas. La señora les extiende unos papeles. Los mismos que a todos.

Donde dice “Nombre de la banda”, escribe uno de ellos —Fernando Funes, dicen los que dicen que dicen acordarse—: “Los Cenobitas”. Son Fernando Funes y Alberto Litter. La primera y única banda de escritores —fracasados— noise de la historia del gran humedal de la city tropical.





El pibe se mira largo rato frente al espejo. Se rastrilla en close up. Triste y decadente. El baño de la casa, que ha ido abandonando hasta llegar a la más absoluta negligencia, tiene sus paredes recubiertas con azulejos azules o celestes, de ésos de los que abundan en los sanatorios y también en los hospitales. Moho verde petróleo recorre las pequeñas juntas de los mosaicos y se forma una cuadrícula perfecta, celeste sobre negro.

Es uno de esos baños donde ocurren grandes masacres, atroces disecciones de cuerpos, históricos machetazos y amputaciones con motosierras desafiladas. Uno de esos baños que se ven en las películas sobre asesinos seriales norteamericanas como *Seven* o *Silence of the Lambs*. Avenida Vélez Sarsfield al 480, más o menos; a pocos metros del lugar del nefando doble crimen histórico del Chaco, “El asesinato de la Paraguay”. El pibe se mira, vacío, largo rato frente al espejo, sosteniéndose la mirada. Lamenta todo de sí mismo, pero sobre todo lamenta haberse quedado solo y su maldito apellido de alimento balanceado para perros y gatos.

El vapor del agua caliente de la ducha, abierta largo rato ya, se entromete entre el pibe y el espejo. Con dificultades, se divisa y

reconoce al que odia. Pero no levanta las manos para ahuyentar el humo y ver mejor.

Finalmente cae al piso, desvanecido.

Se ha cortado las venas.

El pibe es Jorge Purino. Su hermana –menor– lo encuentra tirado en el horrible y deprimente baño de mosaicos celeste mortecino y procede correctamente: llama al 911. A Purino lo trasladan, obviamente, al Hospital Perrando y le salvan la vida. Pero los cortes, eso es otra cosa.

Con las cicatrices de los cortes no pueden hacer nada. Jorge Purino padece cicatrización queloide: dos cadenitas montañosas de carne recorren de lado a lado ambas muñecas de sus brazos. Y lo harán por el resto de sus días.

Este trágico evento es la causa primigenia, desconocida para el público pero no para sus biógrafos, de un par de cosas acerca de Jorge Purino, conocido también como *Sadshow*, a saber: su profunda e inexpugnable tristeza a prueba de balas y libros de autoayuda. Y también el mito urbano acerca de sus dos muñequeras negras que nunca se quitaba: sí se las había quitado antes del fallido intento de suicidio; pero nunca más después.

Diego López, en cambio, ha tenido una infancia y una adolescencia de lo más normal. Y ahora está en eso de volverse adulto así que tiene un trabajo más o menos aceptable para alguien de su edad: es celador en un conocido colegio católico de Resistencia, el Colegio Don Bosco. De día usa kilos de gomina Lord Cheseline y se hace peinar por la enorme lengua imaginaria y pegajosa de una vaca. Su camisa siempre almidonada, y visibles, no menos fácilmente, las rayas del pantalón. Oscuro. Camisa blanca. Un fucking

nazi. Un facho. El Eduardo Feinmann de los celadores. Pero con un pequeño plus, un secreto: de noche formaba parte de una banda de metal extremo y fabulosa intérprete de covers de Riff: El Séptimo Círculo.

De noche Diego López era el vocalista de El Séptimo Círculo y se hacía llamar *Qom Pelo Duro* (nadie en el público ni siquiera podía imaginarse un apellido tan vulgar, tan comunacho, tan poca cosa detrás de su ídolo, Qom Pelo Duro; ¡menos aún podían imaginarse a Pelo Duro un fucking celador facho de día!). A cargo del bajo estaba Amanda Ghost, una rubia rapada con tatuajes y piercings por todos lados y delineador de labios color Russian Red. Fanática de “Tigre Hotel” y de coherente comportamiento, debemos decir: 100% puta.

La viola del Séptimo Círculo le corresponde a un joven Pepo Aguirre, de quien se sospecha algún parentesco con Munra (por razones aquí del todo inconfesables; rogamos se nos excuse). El batero es Enrique Diego; Diego es el apellido, es medio-qom y le dicen al principio *Enrique Comprate un Apellido*, luego sólo *Comprate un Apellido* y por último: *el Tobatero*, uno de los primeros bateristas tobas de la historia del rock del Chaco.

Diego (el llamado y no el apellidado) cantaba blandiendo una espada vikinga de cotillón, mitología cara al corazón metalero. La que llevó al CECUPO se trataba de la misma espada que usaba siempre, una aparatosa espada de lata barata con cabo de hueso y algunas incrustaciones de bijouterie ultra-berreta. Una espada que era absolutamente incapaz de causar daño a nada y sobre todo a nadie. Pero esto no lo sabía el cabo primero Fabián Pinchesvsky. Plaza número 654376 de la Policía de la Provincia del Chaco.

En una de sus patrullas habituales sobre Avenida Alberdi, casi esquina Franklin, lo que el cabo Pinchevsky creyó haber visto bajo el tórrido sol de la siesta veraniega chacheña fue a un loquito, pelo durísimo, todo vestido de negro, con enormes botas post-apocalípticas, ligeramente maquillado estilo Roberto Smith, y lo peor, con una espada enorme haciendo reflejos bajo el sol. De inmediato corrió hacia el loquito y apuntándolo con su 9 milímetros reglamentaria le dio la orden de que soltara el arma y se tirara al piso. Todo esto dicho a grito pelado.

Diego López se cagó tanto y tan instantáneamente que se paralizó... y se aferró más todavía a su espada. “¡Soltá eso, hijo de púta!” (con acento en la ú) volvió a gritarle el policía eficiente, al tiempo que daba pequeños pasitos avanzando hacia López (sin dejar de apuntarlo nunca) que seguía petrificado.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, ante la negativa del delincuente potencial a recibir favorablemente sus órdenes (que arrojara el arma y que se arrojara él mismo al suelo después de hecho lo anterior), el cabo Pinchevsky lo duerme a Diego López con un rápido y macizo golpe de la culata de su 9 reglamentaria aplicado directo a la nuca, estilo Steven Segal.

Aquí la cosa se vuelve increíble; al menos según una de las versiones que explican cómo logró llegar a tiempo al CECUCO Diego López pese a este incidente con el cabo Pinchevsky. ¿Cómo lo hizo? Algunos dicen que se habría dejado hacer el amor por un par de comisarios; otras versiones dicen que López mantenía una relación amorosa con la fiscal de turno. Pero hay pequeñeces más inquietantes, como por ejemplo esas versiones de la historia que dicen que Diego *Qom Pelo Duro* le contó a un compañero de calabozo que recordaba estar muy asustado, cagado de miedo, y luego un golpe y

nada más. Y que en ese momento había sonado en su cabeza el tema “Siempre Siempre” por Al Bano y Romina Power, producidos por Giorgio Moroder. Inquietante versión que el mundo metalero chaqueño hasta hoy se niega a aceptar.

Diego cae y el cabo Pinchevsky se tira con sus rodillas sobre la espalda de *Qom Pelo Duro* y gritándole (nunca dejó de hacerlo, estuvo gritando todo el momento): “¡Identifícate! ¡Identifícate hijo de puta!”, le ató las manos con un precinto policial. Veinte minutos después Diego empezaba a despertarse y lo estaban llevando a la Octava. Detenido por portación de cara.





Relumbrante prepotencia de doble impacto instantáneo. Subidón cerebral cósmico propalado por un colocón abrumador, de insondable poder sísmico. Fue lo que sintió: una brusca sacudida bajo sus pies, como un corrimiento de la corteza terrestre, ruptura de fallas geológicas en el hipocentro de su cerebro, fricción en el borde de placas tectónicas debajo de la superficie de su cabelludo cuero.

Implosión craneal.

Prisma.

Shine.

Su cabeza se desprendió de su cuerpo subrayando la estratósfera. Ráfagas de dragones psicodélicos disparaban a su vez ráfagas de intermitentes y enrevesadas escenas pornográficas, disipadas tangencialmente en el prisma espacio-tiempo. Rápidamente lo consumió una muy placentera sensación, muy placentera. En las nubes. Estaba alta en el cielo, águila guerrera del porno y el porro, en las nubes. La cabeza de Luquitas Guerrasabo, en las nubes. No cabía ninguna duda, se la había imaginado así, la había esperado tanto tiempo.

La extraña variedad genética de Jack Herer de Sensi Seeds Gold, lo más alto del pódium, genuina, única, blasfema, lo mejor de lo mejor, de la historia cannábica mundial. La Sasha Grey clonada de las marihuanas genéticas.

Fumar un faso así no tiene precio. Un marihuano verdadero, uno real, uno ciento por ciento chalado, no puede autoproclamarse como tal si no probó una Herer de alto calibre. Un cultivador no es un cultivador sin una preciosa de esas puertas adentro llenándolo todo de esa sensual belleza verde. Una variedad de sativa única, de extravagante y soberbia perfección y con un potente efecto de cuellgue alucinógeno a largo plazo de la reputísima madre.

El porro de Lucas no tenía precedentes, de incalculable valor para un drogadicto de categoría como él, alta gama. Altísima. Realmente su cabeza volaba por los aires. Volaba por los aires. El resto de su cuerpo permaneció anclado a la ley de gravedad, en el piso. Podía verlo desde lo alto; mas no podía manipularlo a voluntad.

Qué viaje.

Qué cuellgue.

Qué performance.

Se sabe. Cualquier persona del mundo con una tarjeta de crédito internacional puede acceder a una Herer, comprar la semilla, cultivarla. Pero la variedad exclusiva que sembraba Luquitas Guerrasabo, no. Vendía la flor lista para fumar en bolsitas Ziploc a precio de dólar blue. La compraban ricachones, políticos, empresarios, conchetos, abogados, jueces y profesionales exitosos, además de todo tipo de putas, travestis y enfermos mentales, políticos desclasados, diputados, hijos de puta variopintos y en fin, flora y fauna tropical en pleno.



Marihuana selecta.

¿Dónde la conseguía?

Un misterio.

Pero, de todas maneras, a nadie le importaba tres leches la procedencia, las flores eran muy buenas y punto. Montaron en poco tiempo tal reputación que incluso las apodaron *Alta Faseada en el Cielo*. Sí señor. Así le decían a la marihuana que vendía Luquitas Guerrasabo, razón por lo cual su mote definitivo de vida adulta (antes le decían Hematoma) no tardó mucho en hacerse conocido entre la aristocracia cannábica de la city tropical. Con todos ellos, ellos los selectos, la gente de guita, terminó llenándose los bolsillos de vil metal proveyéndoles a su grupúsculo de drogadictos del sagrado cáñamo, sea para discrecional consumo recreativo, sea para discrecional consumo a secas.

“Tengo que vivir de algo, no puedo estar al pedo todo el día militando, jodiendo con las plantitas gratuitamente sin ningún tipo de beneficio económico y por lo tanto muy personal mío de mi vida privada particular” remembró la cabeza volante de Luquitas Alta Faseada en el Cielo Guerrasabo. Llevaba sobre sus espaldas años como activista cannábico antes de su conversión a distribuidor gold, qué días aquellos, todo el día al pedo, boludeando con la plantita y los derechos de los usuarios y la despenalización para el consumo y las movilizaciones a la placita y el reclamo colectivo de la comunidad THC y demás menesteres marihuanescos.

El cielo se tiñó de rojo. Relámpagos fluorescentes rasgaban el horizonte. Luquitas, o sea, su cabeza, podía contemplar Resistency Tropical desde un generoso plano cenital. Una experiencia única. Impagable. Histórica. Incluso llegó a divisar el predio del

CECUPO, donde en un par de horas nomás debía presentarse con su conjunto para el concurso de rock de guerra de bandas de la Pepsi Cola Company.

El hachís de su exclusiva Jack Herer, pacientemente reunido durante meses, su secreto mejor guardado, se lo estaba fumando. Y allí estaba el secreto mejor guardado de Luquitas Guerrasabo: dando vueltas alrededor del cielo. Adentro de su cabeza volante.

Qué viaje.

Qué cuelgue.

Qué performance.

—Porro descomunal —dijo Alto Faso en el Cielo—. Si les meto este hachís a los otros vamos a ganar, posta. Seguro la ponemos, seguro. Minutas, fiesta, fama, la juntamos con pala. Como los de Gran Hermano. Buenos Aires, Madrid, París, Ámsterdam, Transilvania, Johannesburgo, Cracovia... —divagó drogadictamente el guitarrero jipi, volviendo ya en forma paulatina a establecer contacto con la tierra, que, de paso sea dicho, ya no temblaba bajo sus pies.

Los mencionados “otros” no son otros que los miembros de Macho Cat Garage: Martín Purretto (conocido paradójicamente para ser un jipi, como *El purulento* en batería), Maximiliano Meyerson (alias *Lord Soberbia* en bajo) y Agustín Prigonatto (alias *Chocolate Sexual* en voces). Todos jipis, todos noctámbulos consumados. Priors indiscutidos de la chala.

Líder natural de la caterva. Jipi mandamás entre los jipis. Señor del cannabis. Master porrero graduado con honores. Capataz de la vagancia recalcitrante. Vagabundo verseador del vale cuatro entonador. Procaz librepensador. Venenoso y lisérgico como ninguno. Tal era la celebridad de Alto Faso en el Cielo en el mundillo jipi.

Gran guitarrero gran. Adhirió a la religión del Copismo (Ctrl C + Ctrl V), ni bien la inventaron los suecos. Se cansó de levantar sensuales minitas jipi chic con ese verso y pronto tuvo un séquito de groupies que lo escoltaba en forma insistente y continúa en todos lados, desplazándose las enajenadas en bicicletas ornamentadas con flores autóctonas o en su defecto en colectivos de línea. Y, justamente, justamente fue una de estas minitas, una jipi, quien lo rescató del astral colocón.

Estacionó la bicicleta contra el murito y la aseguró con candado. Se la vio distendida y casual, sin demasiados apuros, arropada con un vestidito floreado semitransparente y unas alpargatitas de morondanga de hilo sisal. La puertita del costado (ella lo sabía) estaba sin seguro. Entró. Atravesó un pasillo angosto y mohoso que conducía al patio de la casa que Luquitas Guerrasabo alquilaba a orillas del Río Negro.

Hacía excepcional siesta primaveral en Resistency. Cielo despejado. Veintisiete grados Celsius de temperatura. Vientito cálido del noreste. La groupie, una personita minúscula que no superaba el metro cincuenta de estatura, sonrió cuando el sol pegó en su cara al final del sendero. Cerró los ojos. Abrió los ojos. Observó los sauces llorones junto al río y le entraron ganas de treparlos. Nostalgio. Los jipis suelen emocionarse cuando surge una arboleda a cielo abierto. Extraña nostalgia acusan los jipis.

Se sacó las alpargatitas y atravesó el patio descalza, sintiéndose así en espiritual contacto con la naturaleza. Abstraída en elucubraciones seguramente de índole ecologista, avanzó unos pasos y pisó una montañita de caca recién salida del horno de Calígula, el perro callejero de Luquitas.

– ¡Concha de la lora! –gritó la jipi, sintiendo el embadurnamiento de la bosta aún calentita entre los deditos de su

pie derecho. Un olorcito hediondo se esparció por la zona—. ¡Puaj! ¡Puaj! ¡Puaj!

Más allá, el can descansaba apachurrado bajo la lacia sombra de un sauce robustón. Calígula (que, hay que decirlo, tenía tantos años encima que lo hacía extraordinariamente parecido a Nicky Jones del Club del Clan) bostezó y observó de lejos a la jipi, quien a su vez y por su parte también reparó en la despreocupada presencia del perro. Éste, luego, levantó el hocico y ladró dos veces con la punta de la nariz arriba. La jipi desplazó su mirada a las ramas del árbol y alcanzó a divisar, entre la lluvia de hojas, la cabeza de Luquitas Guerrasabo colgando perpendicularmente.

— ¡Alto faso! —exclamó la jipi, extasiada.

— ¡Sacame de acá, la puta que lo parió! —ordenó la cabeza parlante de Luquitas Guerrasabo.

La minita trepó el sauce llorón inmediatamente al instante siguiente de la disposición del mandamás. Aprovechó para limpiarse la mierda, frotando la planta de su pie contaminado contra la superficie del poroso tronco. Los jipis poseen esta habilidad propia de los primates, de trepar árboles y balancearse entre las entrañas de sus frondosas copas.

Consabida gracia evolutiva fue capaz sin embargo de salvaguardar la integridad de la cabeza de Luquitas, que, apenas prendida por los pelos de las ramas, por poco y no se cae y estalla su cráneo contra el suelo.

— ¿Dónde está el resto del cuerpo? —preguntó la minita a la cabeza de Luquitas, sosteniéndola entre sus manos, ya a salvo en tierra firme.

—Allá, allá, allá —triplicó la cabeza.

—¿Dónde “allá”? —preguntó, embobada, ella.

—Allá, monga —indicó Alto Faso valiéndose de movimientos laterales ejecutados por sus ojos. Sus escleróticas, invadidas por arañitas rojas, eran el testimonio cabal de la pegada cósmica del faso Herer.

El esqueleto de Guerrasabo divagaba caminando estúpida-mente en círculos como un zombi decapitado. La monga apretujó la cabeza entre su hombro y su pecho izquierdo, a la altura de la teta más o menos. No sin antes preguntarle a Luquitas si podía controlar los movimientos que efectuaba su caja torácica y demás miembros, detenerlos, hacer que dejen de girar en absurda sincronía, caso contrario no podría devolver la cabeza a su lugar de origen. Luquitas le dijo que no, que no podía porque los insondables efectos de la Herer de luxe continuaban enmarañados a su cerebro. Le solicitó, no obstante, que hiciera lo posible por poner las cosas en orden. Que si el cueltigue cannabinoide se extendía más allá de la metafísica de los astros del ser, dijo dramático el decapitado, jamás podría regresar. Permanecería en un limbo abstracto en forma continua y permanente para siempre, para nunca más de los jamases volver.

Ante el peligro de catástrofe, la jipi persiguió el esqueleto danzante al trotecito, zigzagueando así y asá, y derrapando en el primer intento de poner la cabeza en su lugar. Ambos, ella y él (entiéndase, la cabeza de Luquitas) mordieron el polvo de jeta contra el suelo. Ella se incorporó y, estoica, resoluta, lanzó con su brazo por los aires la cabeza de Alta Faseada en el Cielo, que transitó claramente en dirección al resto de su propio cuerpo amotinado en paralela huída sobre las márgenes del Río Negro. No por suerte la cabeza volante encajó al final del

ROCK

curvilíneo viaje en su cuello, retornando del delirio a la normalidad normal. La realidad verdadera de las cosas. La realidad real del mundo común.

Suena de fondo “Que salgan los dragones a volar” de Chinoy, jipi chileno folk por antonomasia.

# 13

Luquitas Guerrasabo ya había reunido suficiente dinero vendiendo su Jack Herer espacial a los conchetos de la city tropical como para comprarse un auto decente y no tener que andar a pata o en bici como un auténtico jipi profesional, pero ciertamente había invertido la guita adquiriendo equipos e instrumentos musicales destinados a los vagos de Macho Cat Garage. Sin embargo no serían los equipos, sino el hachís secreto clon de Sasha Grey lo que le daría un triunfo rotundo a los Garage. Suministrada a la vagancia en el momento oportuno. Eso sí. “*Van a volar de lo lindo*”, pensó Luquitas Guerrasabo. “*Van a volar de lo lindo*”.

El dicente no se equivocaba. Introducido el hachís en la corriente sanguínea de los músicos en el momento adecuado elevaría sus cualidades artísticas astronómicas en la escala del buen gusto de Klemm. Federico Klemm. Tal era el poder de la Herer Gold que cultivaba Luquitas Guerrasabo.

Con la seguridad de un jipi viviendo en casa alquilada era transportado Luquitas por Avenida Alberdi llegando a calle Franklin. Sentado su flaco culo sobre el canastito trasero de la bici-

cleta pedaleada a más no poder por la jipi-elfo que transpiraba la gota gorda mientras el dicente Guerrasabo afinaba tras ella las cuerdas de la criolla. Un verdadero hijo de puta el putísimo. El capataz de la siesta tropical viajaba de piernas cruzadas cuando a la distancia por su vista cruzó la escena del cabo Pinchevsky propinándole feroz paliza al vocalista de El Séptimo Círculo, Qom Pelo Duro.

– ¡Represor! –gritó automáticamente Luquitas.

– ¡Eh, yuta represora! –voceó la groupie haciendo de coro.

El cabo Pinchevsky ya había reducido al sujeto sospechoso y lo introdujo a los garrotazos en el interior del policial móvil y estaba a punto de arrancar cuando oyó los insultos. Y los toreó sacando el brazo por la ventanilla y apretujando el puño de la justicia en lo alto simbolizando con ello que todo el peso de la ley caería –no ahora, pero con seguridad en algún momento– sobre ellos por haber insultado a un servidor público.

– ¡Jipis de mierda! ¡Jipis! ¡Malvivientes! ¡Lacras! ¡Lacras! ¡Ya los viágarra! ¡Drogadictos!



# 14

“Si no lo hubiera visto yo mismo no lo creería” dirá sobre las Holograms Pink haciendo su ingreso al CECUPO un periodista de *La Voz de la Verdad* que fue a cubrir el evento por la coca y el chori. Hombre de poca fe en el rock.

Casi se desmaya cuando vio a las Holograms Pink Roxana Pérez García De las Extremidades, Enriqueta Mauricia Uriarte y Sara Jéscica Carbonelli. No sabía ni el nombre de la banda ni de las chicas, pero las pendejas vestidas estilo animé o naruto o cosplay traspasaron el portón del CECUPO con mucho glamour. Y sobre todo, haciendo gran escándalo. Pero escándalo bien, eh, no escándalo mal, sino escándalo lindo: la Carbonelli –una hermosa nena, sea dicho– llevaba sobre sus hombros un enorme radiograbador –a pila– plateado con incrustaciones doradas, estilo grabador de negro hip hopero del Bronx, tipo Run DMC a principios de los 80. A todo volumen y justo arrancando –estaba todo claramente montado por las Holograms Pink– las ramoneras niponas de Shonen Knife tocaban “Welcome to the rock club”, de su disco *Pop Tunes*. Bailaban, cantaban y reían perfectas las Holograms Pink: el grupo perfecto de amigas perfectas desbordantes de perfecta felicidad.

–Eso es ultra high societé –le dice Funes a Litter cuando las ve entrar. Litter presta atención:

–Yo tengo un cassette trucho de las Shonen Knife, loco. Eso es Shonen Knife, Welcome to the rock club. Esas minas sacaron un disco entero tributo a Ramones.

–Qué mierda me importa. Mirá cómo están vestidas, Litter ¿y vos me hablás de unas japonesas ramoneras de mierda?

–¿Qué tiene esa ropa? –pregunta Litter más por cuelgue que por interés.

–¿No ves que es cosplay? *Animé. Naruto. Dragon Ball Z. Mazinger.* Toda esa mierda asiática. Pura perversión japonesa incestoide y filopedófila que ha venido en la década del 10 a suplantar a Kurt Cobain y la legítima y bien fundada desesperanza del grunge, oh sí –Funes suspira y remata–. ¡Que se la den por el culo a las Holograms Pink!

–¿Así se llaman?

–Sí, Litter, pero decime una cosa: ¿tan boludo sos? ¿No ves que es un plagio de Jem and the Holograms?

–No sé, Funes. Pero están buenísimas –Funes, que parece no estar de acuerdo, negando con la cabeza, lanza el siguiente diagnóstico por imágenes:

–Manga de adolescentes regordetas, automedicadas, con sobredosis de comida chatarra. Parecen vacas en fila para el matadero.

Desde algún lugar entre el público, abriéndose paso hacia las Holograms Pink Flequillo Tremembundo grita: “¡Qué ricos chupetines, man!” y hace algo de lo más extraño –inocuo, sin capacidad de daño, pero ciertamente muy extraño–: apunta con su celular al trasero de Enriqueta Uriarte y a modo de –inexplicable–

piropo le dice, carraspeando y arrastrando las palabras al presionar su lengua contra su paladar inferior: “Tiráte un petardo, mamita, y hacéme mierda la cámara del cel”.

Socotroco, el misterioso batero legalmente NN de la horda punk infame llamada Materia Fecal, poseído por las visión de aquellos traseros encanutados en ajustados pantalones rosados de nylon, gritó:

– ¡¡Síiiii!! ¡¡Agujeros para rato!! Yeaaaaah!!!

A Litter se le iluminan los ojos. Se sobrepone a toda la droga que ha estado consumiendo: a decir verdad sólo se sobrepone sus ojos y sus ideas, no así el resto del cuerpo. Pero los ojos... cómo le brillan los ojos. Y las ideas... Dios mío, las cosas que piensa Litter mientras le mira el culo a las Holograms Pink: “Sí señor, agujero para todas y todos”.

– ¿Quién es ése? –le pregunta Litter a su compañero cenobita apuntando con la mano a Socotroco.

–No tengo las más puta idea, Litter. Pero se ve que está con esos energúmenos ponks que están tomando birra caliente ahí atrás.

–Ah, sí –confirma Litter–, en botellas plásticas cortadas al medio. Trasversalmente, claro. La falopa siempre existió, Funes. De otro modo, obras fantásticas como la de Sócrates serían inexplicables.

–Ciertamente.

Los Cenobitas han perdido el hilo de la conversación.

Tratando de sostener el diálogo, perfectamente incoherente, Alberto Litter señala a los Lamisiles y dice muy resuelto:

–Esos dos de ahí son putos.



# 15

–Chicas, tienen que completar este formulario.

Abarajadas administrativamente así por la señora a cargo del precario escritorio que hace las veces de brete de inscripción, las Holograms Pink, representadas por Roxana Pérez García De las Extremidades escriben donde dice “Estilo”: “Pop rosado”.

Y entre paréntesis: “Con influencias ideológicas de KC & The Sunshine Band”. Un paréntesis innecesario, por nadie requerido y hartó críptico.

Donde dice “Miembros”, De las Extremidades piensa en un ramillete de pijas pero escribe –más bien, es lo que corresponde– los nombres de sus dos compañeras pop, Enriqueta Mauricia Uriarte y Sara Jélica Carbonelli, además, claro, del suyo propio.

Pisan el patio delantero del CECUPO con glamour y gloria. Shonen Knife, marco apropiado para una entrada full of style, cede paso a una impactante y ultragay versión club-mix de “Tainted Love” por Soft Cell.

El maldito radiograbador suena perfecto.

Casi lo olvido: hay algo más: ninguna de las tres Holograms Pink saldrá con vida de ese fatídico domingo en el CECUPO.

–Fatídico para el pop, ciertamente –le dice Funes a un periodista desde su autoimpuesto retiro campestre en La Verde y lanza una sonora risotada de Papá Noel Cadavérico style–. Mmmmmuaaaaaaaaaaajjjjjjjjjjjj !!!Fatídico para el pop!!!!

# 16

—No sé, loco, no sé si hicieron algo o no, si son responsables o son inocentes; no sé, loco. Ni me importa —le dice Flequillo Tremebundo a alguien en la parada del colectivo, alguien que no le preguntó nada al rolinga decrepito, inocultablemente sospechoso de ser matamadre.

Si algo caracterizó siempre a Flequillo fueron sus múltiples apodos: *El Ishi Pop de Barranca* le decían en Barranqueras. *Catacumba Esquelética*, *Tejido Necrosado*, *Moco* o el inquietante *Horadador de Maduras*.

Dicen que ése fue su primer genuino alias: *El Horadador de Maduras de Burzaco*. Nunca se supo por qué; sólo corrieron sospechas entre los más viejos de la manada, hasta que finalmente ya nadie sabía nada ni siquiera acerca de las sospechas. Ahí en Burzaco, nuestro Flequillo Tremebundo se llamaba Florencio Napolitano cuando tenía nueve o diez años. Un niño regordete de clase media, media alta.

A los once años le empezaron a decir Horadador de Maduras, y aparentemente en uno de los célebres trances en los que se había ganado su alias habría ocurrido algo tremendo, algo indecible, in-

confesable, que lo horadó a él mismo para siempre. Más o menos de esa época data su viaje a Resistency en la empresa La Internacional, city que sólo volverá a abandonar una vez más: cuando trasladen su cadáver a la morgue de Burzaco por problemas judiciales de competencia.

Tremebundo recordaba vívidamente lo primero que había visto al desembarcar en Resistencia: “El ciego limosnero Víctor, con su saco gris y su pantalón recto azul mortecino, azul decrepito, azul agónico en una punta de la explanada por la que se salía de la terminal de omnibus, al lado del Crystal Palace; y en la otra, una canosa señora toba vendiendo artesanías tobas”. Un amigo de Tremebundo contó alguna vez que cuando le preguntaban más detalles sobre la señora toba él solía decir: “Recontramorocha”. Su primera comida la había tenido en el Crystal Palace. El lugar donde conoció y trabó lazos macumbas con *La Candil*, histórico personaje de la historia grande chaqueña en lo atinente al rentable ejercicio de la prostitución.

Estos recuerdos solían presentársele inclusive cuando ya viejo (como ahora); y a él siempre le sonaban como “Kalopsia” por Queens of the Stone Age.

Y así fue que Moco pasó a ser Tejido Necrosado primero, Catacumba Esquelética después, y cuando ya había devenido en leyenda fue El Ishi Pop de Barranca.

Antes de vivir en un basurero con sus amigos basura, tan decadentes como él pero muchísimo más inimputables, Flequillo Tremebundo aprendió de qué se trata el hambre, que te maltraten, que te ninguneen, que te usen, abusen y abusen. Se humilló una y otra vez para poder viajar gratis en el bondi o para que los mozos le



permitieran llevarse las sobras de comida de las mesas de un recoleto restaurante ubicado por calle Marcelo T. de Alvear.

Todo esto le dolía, y mucho. Pero no era sin embargo lo que lo había llevado a tomar la determinación de matar. Lo que lo había liquidado a Flequillo fue ver y vivir de cerca la explosión de la cumbia. Justo cuando él era asistente personal de un conocido dealer de cumbia: Pacalo Profundo. Un personaje inmenso que solía vestir ampulosos trajes colorinches y sombreros estilo “panamá”: un ekeko obeso que se hacía llamar *El patrón*. Un verdadero Don King Technicolor chaqueño. Empresario de la cumbia. El Padrino Tropical.

Flequillo no se pudo recuperar nunca de este evento, así que decidió mudarse a un basurero; con un poco de suerte, en cuestión de semanas conseguiría dementes que lo siguieran y podría dar forma a su cohorte de pares y acólitos. Decidió borrarse su pasado sin más y fue construyendo a Flequillo Tremebundo.

Y lo olvidó todo. Su nombre. Burzaco. Barranqueras. Se olvidó de sí mismo. Pero Pacalo Profundo seguía intacto, mancillando su recientemente adquirido honor rolinga. Los pútridos creían que Flequillo Tremebundo era el rolinga sempiterno. Los más drogadictos de todos decían que había hecho el amor con Mick Jagger (algo ciertamente improbable).

Así fue desarrollando una temible capacidad para odiar, y tanto generó, tanto odio generó que finalmente se llenó de su propia bilis y se pudrió como un queso crema barato.

¿Y qué hace un queso crema barato vencido? Lleva unas bengalas a un recital mal organizado, bloquea los accesos y enciende la bengala con la idea de salir él y ver morir a un montón de gente asándose como chorizos a la parrilla.

Pero hay algo que tanto resentimiento no le permitió calcular a Flequillo Tremebundo: el aceite volátil de trementina de Fernando Funes. Por este aceite Flequillo no pudo ver cómo se asaban los demás desde afuera: tuvo que verlo desde adentro.

Y asándose él mismo.

# 17

“Los gritos, los ruidos, la verdad se escucharon a eso de las ocho, ocho y pico de la mañana”, dijo una doña que por ser vecina de la Señora de la Pepsi Cola ostentaba la cualidad de testigo presencial de los escandalosos asuntos conocidos después, durante el aftermath de la tragedia.

A las seis de la mañana de ese domingo de rock, Honofrio Pilkinson, esposo de la señora de la Pepsi Cola, llamó a uno de esos cerrajeros que cobran carísimo por atender urgencias las 24 horas y le pidió que cambiara la cerradura a la puerta de su departamento.

La tensión —que desembocará en una verdadera garroteada— hay que ubicarla, sin embargo, un poco más atrás: durante la noche del sábado. Un té de la Señora de la Pepsi Cola con sus amigas recoletas se descontrola y empieza a correr el chupi entre las viejas. Se toman todo: hasta la presión arterial se toman. Y sorpresiva, inatendiblemente, se toman el buque a eso de las doce y media de la noche, cero treinta del domingo, la Señora de la Pepsi Cola y sus amigas se toman el palo. Destino: Kriptón Boite.

Honofrio Pilkinson se queda solo y preocupado. La angustia lo invade y su disnea asustaría al que estuviera viéndolo en ese momento. Un hombre seriamente incapacitado, solo, preocupado. Dormita un poco, pero finalmente no puede descansar. Se le ocurre encender el televisor y maldice la hora en que tuvieron con la Señora de la Pepsi Cola la idea de instalarlo tan alto, casi tocando el techo de la pieza, y el control remoto no funciona.

Lo golpea enajenado de un lado, del otro lado del colchón. Grita desgarrado y lanza imprecaciones al aire: “¡Maldita seas, hija de puta, por sabotearme el televisor, maldita seas!”

Pilkinson manotea el teléfono y empieza a llamar a la Señora frenética, inconteniblemente, como un enajenado obseso. Una llamada perdida tras otra. Sin dejar jamás, dicen, de insultar porque le habían chupado todo lo que tenía en el departamento.

Tirado en su decadente colchón, pleno de movimientos babósicos y sin poder ver nada en la televisión, Honofrio Pilkinson no era ni el remoto recuerdo de ese gran abogado que había sido y que había sabido engalanar con su presencia doctoral los más majestuosos eventos sociales de la oligarquía tradicional de la city tropical.

Mientras tanto, la Señora de la Pepsi Cola, una linda señora, está dale que te dale metiéndole duro a la conga en Kriptón Boite, por la calle Güemes, antro construido en las viejas instalaciones de una cochera, a menos de media cuadra del histórico cine porno Biógrafo. Papusa y conga. Conga por adelante, conga por atrás. Una gran fiesta, merced a aquél té descontrolado por el alcohol – se cree – seguido de ingesta de psicofármacos de todo tipo. Todo el tiempo bailando al ritmo desvergonzado y lujurioso de los Astros de Mendoza y su versión cumbiera de “Close to me” de Roberto Smith y sus Curas.

De alguna manera, a eso de las ocho de la mañana aproximadamente Pilkinson consigue salir del colchón y se sirve un poco de ensalada de fruta a la que agrega un chorro de sidra –lo único que ha sobrevivido al té de la noche anterior, para ingerir eso a modo de desayuno: ¡una puta botella de sidra!, cuando imprevisiblemente se mueve el picaporte de la puerta. Pilkinson, que está perdido pero todavía no quiere morir, se da cuenta de que es su señora y que estará enojada cuando su llave no abra la puerta porque él, Honofrio Pilkinson, ha llamado a un cerrajero y la ha hecho cambiar.

Pensaba en esto Honofrio –a su tiempo, a su velocidad– cuando un estruendo lo sobresaltó y le hizo tirar su pote de clericó al piso (el vidrio estalló dramáticamente). La puerta se soltaba de sus anclajes, las bisagras explotaban mezclándose con las astillas de madera que saltaban para todos lados. La Señora de la Pepsi Cola había tumbado la puerta de una violenta patada karateca.

Pilkinson está aterrado. Obnubilado por el miedo atroz a la garroteada no logra escuchar a su esposa, quien no está –hasta aquí al menos– enojada, sino simplemente colocada, y al verlo desayunando le dice: “Hola, mi amor”.

Nadie sabe lo que el cagazo hizo escuchar a Pilkinson, pero lo cierto es que a ese cariñoso saludo matinal contestó con un rabioso:

–Sos una hija de puta, Josefa. ¿Dónde pusiste las pilas del control remoto de la tele? Por culpa tuya tuve que subirme a la escalera de pintor para poder apagar el televisor y me caí de arriba lastimándome la cabeza.

– ¿Eh? –la cara de asombro de la Señora de la Pepsi Cola frente a semejante respuesta es de antología.

—Mi abuela siempre me decía: “El que se acuesta con chicos amanece cagado” ¡y yo no quise escucharla!

—¡Viejo pelotucho, cacháte! —gritó la Señora de la Pepsi Cola.

—Matame si no te sirvo, matame por favor te lo pido....

—¡Estoy harta de sostenerte la chata, viejo pedorro! —gritó la Señora de la Pepsi Cola, que seguía sin moverse, sin acercarse a Pilkinson.

—¡Sos las várices sangrantes de mis bolsillos, hija de puta!

Josefa Escalabrini Maffut de Pilkinson, la Señora de la Pepsi Cola, visiblemente emocionada, víctima de una arremetida de los poderosos narcóticos que había consumido, así señora y todo como se la veía, víctima de una salvaje oleada residual tardía de merluza, le gritó al viejo decadente:

—Ya no te aguanto más, Honofrio, sos muy malo y mentiroso. No me merezco que saludes así, yo te vengo cuidando y limpiando el culo hace muchos años. Sos malo, muy muy malo. Pero ya no te tengo miedo. Ingerís mucha bebida alcohólica, Honofrio, así no se puede.... —Josefa estalla en llantos y se tapa la cara con sus manos.

—Calláte la boca, puta —bramó envalentonado Honofrio.

—Me insultás delante de todos, no te aguanto más, me insultás hasta adelante de la empleada doméstica Honofrio...

—Sos una puta de mierda, revolcada. ¿Qué te creés? ¿Porque sos mujer, sos hermosa, sos una persona linda? —El Dr. Pilkinson parecía tener controlada la situación mientras contraatacaba con bombazos.

Pero súbitamente Josefa empezó a avanzar hacia el Dr. Pilkinson que ya no tenía posibilidades de reaccionar y buscar refugio. La

Señora empezó a golpear a su marido violentamente, aplicando todo lo que había aprendido en su gimnasio mirando las clases de Tae Bo desde un costado.

Pilkinson era abogado (y de los peores: penalista): conocía muchas mañas y siempre estaba pensando por adelantado cómo zafar legalmente de todas las situaciones en las que se metía desde que se le había desatado la pasión por el alcohol. Mientras su esposa le pegaba él pensaba: “Mejor no reacciono. Si reacciono la opinión pública me va a despedazar, me dirán golpeador, abusador. Seré víctima de esa maldita moda, tan en boga, que contamina a las mujeres: andar por ahí haciéndose las víctimas de violencia de género y tendré decenas de grandes defensores que aprovechen esta moda para estar en las páginas de *La Voz de la Verdad*”. Y mientras pensaba esto, se dejaba pegar una garroteada histórica. Épica en los anales del pollerudismo chaqueño.

Josefa Escalabrini Maffut de Pilkinson puñeteaba al viejo Pilkinson en distintas partes del cuerpo; era una biaba homogénea y prolija. La piel cuarteada del viejo alcohólico no soportó demasiado y empezó a salpicar sangre por todas partes, lo que fue mucho peor cuando su esposa comenzó a golpear su cabeza contra el piso.

Trompadas en la espalda, en la cara y luego en los brazos del Dr. Honofrio Pilkinson. También arañazos cada vez que intentaba escapar.

Josefa detiene la atroz andanada de golpes, cansada, casi sin aliento, y Pilkinson aprovecha para zafarse y tratar de escapar. Observa que la llave de la puerta de la habitación matrimonial está puesta y ensaya un veloz movimiento de escape. Pero el violentado Dr. Honofrio Pilkinson ingería mucha bebida alcohólica desde largo tiempo atrás y el clerico que había desayunado no lo ayudada: tropieza y cae duramente al piso una y otra vez golpeándose a sí mismo en múltiples lugares del cuerpo. Cae pesada, descoordina-

damente y se golpea. Y rebota y vuelve a caer y se golpea en otra parte. Así varias veces, ocasionándose de tanto rebotar una verdadera paliza apocalíptica a sí mismo.

Pero la adrenalina opera milagros hasta en los borrachos, y así el Dr. Pilkinson, adrenalinizado por el terror que lo recorre, se incorpora y logra encerrarse en la pieza.

Se sentaron los dos en el piso, espalda contra espalda, sólo separados por la puerta. Ya más calmados, él atrincherado en la pieza, empiezan a hablar de nuevo en tono normal, a través de la puerta:

—Un poco de piedad no estaría nada mal, Josefa —le dice en susurros pero con mucha convicción Honofrio Pilkinson a su esposa, en un momento de calma. Y prosigue—: En cuanto a matar, convendría repasar los comentarios que hacen en el barrio, mi amor: en verdad, son horribles.

—¡No les prestes atención, Honofrio, no podés ser tan pelotudo, de ninguna manera: ¡¡vos sos el padre!! —lo interrumpe apuradamente Josefa, la Señora de la Pepsi Cola—. ¡¡Jamás te entré el burro a la chacra, Honofrio, jamás!!

—¿De qué estás hablando, Josefa, por Dios? ¿No ves? Sos muy puta. Te voy a hacer mierda, te voy a sacar tu trabajo, te voy a fundir, te voy a desfigurar la cara cuando salga de acá ya que te creés muy linda, sos una hija de puta, voy a hacer mierda a tu familia por lo hija de puta que sos —el odio del Dr. Pilkinson se había visto renovado por la inesperada e involuntaria confesión de su esposa, confesión que lo convertía no sólo en padre putativo de su único hijo sino además en un guampudo consuetudinario.

Mientras la Señora de la Pepsi Cola junta algunas cosas, algunas pocas ropas para poder ir a trabajar esa tarde de domingo violento al



CECUPO—al evento que le ha encargado sostener y llevar adelante su empleador, la Pepsi Cola Company—, el Dr. Honofrio Pilkinson le grita desde atrás de la puerta, entre llantos conmovedores:

—Sos una hija de puta, Josefa, te voy a hacer mierda, te voy a sacar todo lo que yo te regalé... Cuidate porque te voy a hacer mierda.

La Señora de la Pepsi Cola junta sus cosas y se va.



# 18

Por la tarde Pilkinson juntó a unos cuantos acólitos —algunos profesionales de la manifestación, es decir, gente paga—, armó unas cuantas pancartas y marcharon al CECUPO para manifestarse en el portón y arruinarle la carrera corporativa a su golpeadora mujer. Llevaban altavoces y grandes carteles con consignas como: ¡LOS HOMBRES NO SE HACEN A LOS GOLPES, CARAJO! MUJERES: NO SIGAN ESTE MAL EJEMPLO, y cosas así.

En un móvil de Canal 9, en paralelo y en simultáneo al otro móvil que tenían instalado en las inmediaciones del CECUPO cubriendo la protesta de Honofrio Pilkinson contra la Señora de la Pepsi Cola, una señora de clase media entrevistada en la Peatonal de Resistency, al ser consultada sobre este tema, respondió: “Si anduviese con una pareja más acorde a sus condiciones y no a su bolsillo, no hubiese cobrado”.

Todas las mujeres inconfesamente golpeadas decían más o menos lo mismo: “Hola, señor periodista, ante todo muy buenas noches a toda la audiencia. Yo lo que quiero decir es que es muy duro ser víctima de violencia de género”. Un conocido pollerudo

leguleyo dijo: “Existe la *misoandria* o *misandria mendozum* que es misoginia en la mujer. Los hombres son víctimas también, hay muchos casos que conozco donde a los hombres se los agrede, y se los golpea, por lo que yo creo señor periodista es tiempo de comenzar a pedir los mismos derechos: NO A LA MISOANDRIA O MISANDRIA MENDOZUM y debate serio por una ley contra el HOMBRICIDIO YA”.

Un muchacho de 40 años aproximadamente, solidarizándose con Pilkinton, declaró sesudamente al cronista: “Si un hombre denuncia que nos pegan se te ríen o te dicen que sos un maricón, que nos aguantemos las golpizas. Es injusta y desproporcional la actual legislación. Hay mujeres en fuerzas de seguridad que golpean a sus esposos, novios, lo que sea. Mujeres policías y penitenciarias que son las más golpeadoras, pero abusan porque saben que las leyes las protegen y después te arman causas con sus pares policías....”

Y alguien que estaba entre los que se habían juntado frente a la cámara gritó: “¡Ojala le den mil años a esa hija de puta!”. Y otro: “¡Sí! Que pague una por lo menos por todas las otras que constantemente abusan en muchos sentidos de su condición de mujer! ¡Demasiados derechos ya!”. El entrevistado prosiguió: “Somos muchos los hombres que tenemos este problema. Por una justicia para todos, muchas veces no denunciarnos porque tenemos miedo de que se ríen de la situación. Charlo este tema siempre con amigos y compañeros de la Honorable Cámara Tropical de Diputados y muchos terminamos en la Justicia”.

Comenzó a armarse un pequeño disturbio. Caía la noche. Individuos que no fue posible identificar agitaban los ánimos de todos los curiosos gritando: “¡Sexagenarios pollerudos, cómprense un

par de huevos, mariquitas! ¡Prostáticos de mierda!”. Un turista norteamericano, que andaba de paso por la city acompañado por una chica danesa, ambos mochileros, gritó, matándose de risa: “Old green man yeah! Have some dignity!”, y salió al aire, aunque la mayoría de los televidentes no lo entendió.

Y en la parte inferior de la pantalla del televisor se leía el titular mal redactado inscripto en el zócalo de manera definida y tendenciosa: **HOMBRES MAYORES CALENTONES: EL DEBATE.**

Mientras tanto, adentro del CECUPO tocaba la banda punk *Materia Fecal* una explosiva versión chaqueña de “Fuck the system” de *The Exploited*, y el averno parecía haberse puesto seriamente en movimiento.

Nadie sospechaba sobre cada uno de los elementos que se habían puesto en movimiento para facilitar la tragedia. Ya estaban operando.

Más tarde, al otro día, el mismo día que nadie iba al improvisado Salón de Usos Múltiples de la Municipalidad de Resistency Tropical transitoriamente instalada en el Domo del Centenario Tropical a reconocer el cadáver chamuscado de la Señora de la Pepsi Cola, el Dr. Honofrio Pilkinson radicaba –sin saber nada de lo anterior, perdido como solía vérselo últimamente– una denuncia policial contra su esposa.

Al ser consultado por el efectivo policial acerca de cuál figura delictiva específicamente le imputaba el denunciante a la denunciada, Pilkinson se miró las transpiradas manos elaborando un gesto meditativo, se las frotó un poco y clavándole los ojos al agente que le estaba tomando la denuncia, dijo categórico: “Masculicinio. Póngale masculicinio”.



# 19

No se conservaron registros fiables acerca de estos eventos. El fuego arrasó con todo y las testimoniales que pudieron recabarse eran muy contradictorias entre sí, como si no hubiera ocurrido una tragedia en la que murieron muchas personas sino que lo ocurrido fueron cientos de tragedias cada una compuesta por una sola persona: una multiplicación demencial del dolor. No eran fuentes de gran valor probatorio, está claro.

No obstante ello, algunas cosas se saben a ciencia cierta: que el público era peligrosamente heterogéneo, por ejemplo. Rolingas, ponks, jipis, emos, tobas o qoms o como sea, synthpopers... Por Dios, si hasta poperos de sintetizadores había entre el público. Y por supuesto, los simios con pulgares del palo del blues. Y vaya uno a saber cuánta bazofia más y sobre todo de qué tipo.

El factor humano presentaba dos inconvenientes más: número uno, un fuerte operativo policial —sobredimensionado, dirán tiempo después los que profetizan en los cafés de la city con el diario *La Voz de la Verdad* del lunes en la mano—, a cargo de la Policía Municipal comandada por la folklorista rabiosa,

ultrachauvinista legislatropicante Maria Luisa Morel, donde predominaban violentos agentes rasos anti-rock, anti-música, anti-alegría, anti-todo; policías que sólo querían que alguien les diera motivos para entablar una golpiza sin cuartel. Y número dos: el noventa y nueve por ciento de los allí presentes compartían una condición especialmente poco favorable para sobrevivir en situaciones de tragedia: eran chaqueños.

Un cambalache flamígero.

Tocaron primero unos ponks llamados “Materia Fecal”; acaso por su aspecto los únicos que seriamente merecerían ser llamados “una banda”. Y ahí ya la cosa se notaba que venía malparida. Los organizadores, aterrados y paralizados, no atinaron a hacer nada para detener el infame cover de “Fuck The System” de The Exploited.

Se armó un entrevero que apenas pudieron calmar en el corte. La calma definitiva vino de la mano de un dúo synthpop muy parecido a los Pet Shop Boys, pero chaqueños: Los Lamisiles. ¿Eran un dúo? ¿Eran una banda? Nadie lo sabe, pero el efecto era efecto dúo: tenían la dinámica perturbadora de los Pet Shop Boys: un cantante etéreo y expresivo: Neil Tennant (Fran Perezgueda) y un genio loco e inexpressivo, además de mudito y paralizado, duro al costado, con gafas de sol, impertérrito detrás de unos teclados que ni siquiera tenían cables. Un genio enigmático: Chris Lowe (Jonathan Percíncula).

Los Lamisiles tocaron un cover de sus héroes —evidentemente— los Pet Shop Boys. Una joya del synthpop adulto, sabio, maduro y de repotenciado glamour: “Love ETC”, primer corte de su décimo disco de estudio Yes, del año 2009.

En perfecto inglés, haciéndose coros a sí mismo, cual mantra, Fran Perezgueda susurra desde el fondo: “Necesitas más, necesitas



más, necesitas más”. Y casi segundos después se pasa al frente de la extraña mezcla que en clave dub está generando un durísimo Percíncula, y en un casi falsetto, pletórico de melancolía, canta: “No tenés que ser un millonario de Hollywood, no tenés que manejar un súper auto para llegar lejos, no tenés que vivir una vida de poder y riquezas, no tenés por qué ser lindo.... Pero cómo ayuda”. Una inquietante similitud con aquella canción de los Auténticos Decadentes conforme a la cual el dinero no es todo.... *¡Pero cómo ayuda!* “Es al pedo –solía decir Alberto Litter– la grasa y la oligarquía cheta se juntan, se tocan en el mismo punto”.

Los aplausos y desgarradores alaridos pop fueron atronadores. Y el rating subió hasta alcanzar los números que mostraba al principio del programa, antes de que Materia Fecal mandara la teleaudiencia a niveles de subsuelo de las congojas infernales. La intervención Lamisil fue oportuna: acaso en presencia de otro acto como el de “Materia Fecal” el concurso se habría suspendido, pero el pop de ensueño y el polvazo de alta sociedad le habían devuelto las expectativas de obtener un ascenso a la Señora de la Pepsi Cola y al resto de los ejecutivos que estaban a cargo del evento. Querían, necesitaban que salga mejor que bien: *ferpecto*.

La onda emo-pansexual boludótica y boludizante que había instalado la música Lamisil en la atmósfera fue rudamente pulverizada y soplada por una apabullante actuación de Triste y Deprimido, la banda de blues local.

Jorge Purino, siempre al frente, aferrado al micrófono, comandó a los suyos en una epopeya de distorsión valvular que sorprendió a todos: surfearon la poderosa oscuridad del mejor Riff cabalgando oleajes de poder eléctrico en un inusitado y desmedido cover de “En la ciudad del Gran Río”.

“Soy de la ciudad perdida / que entregó su vida por querer ser otra; / diagonales y avenidas / rugen melodías de guitarras rotas. / Aquí no hay muro de lamentos, / ni lágrimas para tevé; / se trata de otro sentimiento, / ¿es que no lo ves?, ¿no los ves?”. Triste y Deprimido atronaban dándole el marco óptimo a la voz áspera, aguardentosa, la poderosa voz de Purino.

“Alrededor del tótem blanco, / herejes y santos parecen decir: / Hoy quiero nacer y morir / ¡En la ciudad del Gran Río! / Tribus de colores varios, / nuevos emisarios de ciudad pecado; / vagan como caen los dados, / en todos sentidos, como degollados. / Con cambios en las nuevas ruinas, / despierta la nación tevé; / hay nuevos héroes y heroínas, / ¿es que no los ves?, ¿no los ves?”.

Cuando Purino y sus Triste y Deprimido terminaron, el galpón parecía venirse abajo incapaz de soportar el peso de una cantidad y potencia tal de aplausos que jamás se había pensado posible. Purino esbozó una sonrisa (muy light) y los Triste y Deprimido abandonaron el escenario con la misma sensación con la que quedaron los jurados: la habían roto, la habían descosido. Sería realmente muy difícil que alguien pudiera vencer aquella poderosísima evocación de Pappo y Riff.

La sensación se confirmó cuando, después de la banda de blues, tocó El Séptimo Círculo: “Decir no a la droga es negar a Dios. Dijo el droguero al drogador. Droguerías droguen, drogadicción. Drogadependientes, drogadicctos. Drogaron, drogan y drogarán al drogón drogado, drogadizado”. Y estos versos fueron dichos acompañados de un doble bombo suicida y dos violas distorsionadas secamente, algo agudas, en tributo al nuevo oleaje de metal británico de principios de los años 80.

No tocaban mal; en efecto: eran excelentes. Una de las mejores bandas del Chaco sin dudas. Pero hacer un cover de Almafuerte era una apuesta demasiado arriesgada para el entorno. Y si encima el cover de Almafuerte es “Dijo el droguero al drogador” la cosa se pone mucho peor si aspirás a ganar un concurso de la Pepsi Cola Company.

“Doctores de la Ley, que no defenderán, sin efectivo en mano o propiedad que embargar. Juzgado, juicio, juez, justicia juzgarán. Prisiones desbordantes, sueños de libertad. De antecedentes, averiguación. Comisería, incomunicación. Trato humillante de sobrador. Afirmativo, negativo. Libres droguero y drogador no son controlados, ni averiguados”. Los solos de Pepo Aguirre, de haber sido agujas de tejer, habrían tejido cuatro pulóveres, a esa altura.

“Beneficiándose con lo prohibido están. La tentación es gigante, la tentación es legal. Por eso me encerré frente al televisor, esperando la muerte, madre que los parió. Noticias vendidas por el controlador se televisan, mostrando acción. La eficaz requisa, positivo dio. Y en Chacarita se incineró, toda la droga que iba a drogar al drogón drogado, drogadizado”. No hace falta decir que con estos conceptos en boca como mensaje para difundir con su música, a los pibes del Séptimo Círculo no les fue para nada bien.

Debe decirse, en aras de ser justos, que el caprichosamente duro pelo negro del cantante y su aspecto qom tampoco ayudaban mucho.

Las Holograms Pink y las Maryshelleys ni fu ni fa, por lo que son olímpicamente omitidas en este parte del relato, como no sea para otra cosa que contar las asquerosidades sexuales a que se sometían voluntariamente para dar placer a cuanto macho más o menos razonablemente humano se presentara.



# 20

Los Cenobitas eran tipos duros. Hoscos malditistas de la nihilista nada, escribientes de la putrefacción semántica, no gozaban sin embargo del natural talento que exige la composición de una pieza musical decente ni tampoco gozaban de la sordera privilegiada del primero de los románticos y último de los clásicos, máster Ludwig van B.

Sicofantes de lo experimental extremo, siquiera se tomaron un instante de seguidísimo segundo en mensurar las propiedades devastadoras del ruido desquiciante producido por máquinas sonoras de reptiliana tecnología que ellos mismos decían construir. Consta en el rubricado documento de inscripción autenticado por la señora de Pepsi Cola, pues nunca falta un boludo que quiera preguntar, que el harsh noise emulado por los esquizoides futuristas no puede conceptualizarse en términos únicamente industriales del consabido y aludido campo. Es, más bien, un laboratorio musical subterráneo, cacofónico, disonante, atonal e indeterminado. Su producción consiste en introducir grabaciones manipuladas, ruidos de software truchos y circuitos electrónicos personalizados,

zumbidos mecánicos y elementos vocales no musicalizados. Creando, pues, una atmósfera de extrema depresión y sentimientos perturbadores contra el prójimo, el harsh noise de Alberto Litter y Fernando Funes rebosaba pletórico de horror delirante sonoro. Tales eran los alucinados.

—No es tan difícil de entender —comentó Fernando Funes a Luquitas Alto Faso en Cielo, quien no paraba de mirar, embobado, la guitarra cenobita de una sola cuerda—. Lo que pasa es que la ciencia no nos enseñó todavía si la locura es o no lo sublime de la inteligencia.

—Yo odio al género humano —dilapidó el misántropo Litter.

—Sí sí, eso también —confirió Funes—. La pregunta es: *¿todos estamos muertos?* Lo fantástico ocupa el tiempo de esta incertidumbre.

—Ah —monosilabeó el jipi aflojando la mandíbula.

—Te voy a explicar porque te veo perdido —siguió Funes—; cuando se elije una de las dos respuestas, si sí, si no, estamos vivos o no, se deja el campo de lo fantástico para ingresar en un género vecino, que es lo extraño o lo maravilloso. ¿Me seguís? —le preguntó a Luquitas, quien acababa de encender un faso y se veía algo abstraído, aunque en realidad el dicente Guerrasabo siempre estaba abstraído, se sabe, con la cabeza en otra parte. O sea, en las nubes. Siempre.

—Sí, boludo —respondió el drogadicto, y simulando despabilarse agarró el control remoto de la televisión oculto entre los pliegues del piojento y roto sofá sobre el cual dormía “Calígula”. ¿Qué te creés, Funes? Que yo no leí *La noche de los muertos vivientes*. ... —Elaboró un sentido gesto de verídica indignación. Luego encendió la televisión. Hizo zapping hasta que apareció en la pantalla el gordo Lanata hablando en un documental sobre extraterrestres reptilianos—

. ¡¿Ves?! ¡¿Ves, Funes?! –señaló con el dedito índice hacia el televisor, agitándolo con severidad–. ¡Acá hay una conspiración alienígena! Hay contubernio, Funes, contubernio, ¿entendés? Es muy grave lo que está pasando, Funes. Muy grave....

–Sí sí, eso también –consintió Funes y redondeó depositando la monocorde guitarra sobre una mesita repleta de frascos de cogollos de marihuana–. De todos modos, insisto, la pregunta sigue siendo: *¿todos estamos muertos?* Tené en cuenta que lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural. Tal y como lo comprueban los reptilianos extraterrestres del infame gordo, of course.

– ¡Andá a cagar, Funes! –lo puteó Luquitas y, desentendiéndose de la perorata funesmortiana, sacó del bolsillo de su pantalón un frasquito de vidrio que observó atentamente, con religiosa adoración, como si su interior contuviera un secreto cannábico inembargable. Y tal vez lo tenía. Era el hachís de su Jack Herer Sensi Seeds Gold, reunido durante meses con el solo y único objetivo de maximizar el talento de su jipi agrupación en el certamen de rock de la Pepsi Cola que se desarrollaría por la noche en el CECUPO y que sería transmitido en vivo para todo el país.

“Tengo que probar este faso antes que venga la Pitufina para hacer el siestero tal y como se lo ordené ayer a la muy perra”, pensó Alto Faso en el Cielo mirando celosamente de reojo a un distante Alberto Litter quien por su lado, tras su única y letal diatriba contra la raza humana, que, hay que decirlo, le confirió cierta aura de espectral e invisible presencia mientras discurría la conversación de los alucinados, se dedicó no obstante y sigilosamente a enviar mensajitos de texto con su teléfono celular. “Pero antes, antes de probar el faso tengo que sacarme de encima a estos dos pelotudos”.

—Allá sobre la mesada están los cogollos Destroyer que me pediste, Funes —apagó la televisión, se levantó del sofá pulguiento y volvió a guardar su frasquito de hachís dentro del bolsillo de su jogging—. Son 300 dólares, precio blue, ya sabés. Dejalos sobre la mesa nomás. Ahora, si me excusan queridos amigos, tengo que ocuparme de la actuación de esta noche de los Macho Cat. ¿Escuché que Los Cenobitas también van a presentarse? ¿Es cierto? No creo que los acepten, che. ¿Hablaron con los organizadores? Mirá que el ruido que ustedes hacen es duro y no sé si....

—Sí sí, tenés razón en eso también, vos no te preocupes —prosiguió Funes agarrando la bolsita Ziploc llena de cogollos, dejó sobre la mesa un toquito de billetes de 100 pesos de Evita—. Conclusión, para redondear e ir terminando, mi querido Luquitas, no quiero robar más de tu preciado tiempo —palmeó su espalda—. Lo fantástico implica, entonces, atención, una integración del lector con el mundo de los personajes, se define pues por la percepción ambigua que el propio lector tiene de los acontecimientos relatados. Tal y como lo demuestra la abducción extraterrestre de que fui víctima. Impactante, ¿no, Alberto?

—Yo odio al género humano —gruñó Litter de nuevo por si alguna duda había quedado.

Luquitas disparó horrorizado hacia la puerta y la abrió. Sonó el teléfono celular de Litter; ringtone de Boss Hog, “Jaguar”. Ladridos de Calígula se escucharon a los lejos, en el patio. Un tero, extraño pájaro el tero, ingresó por la ventana y se posó en el respaldo de una silla y depositó sus ojos en Funes. La atmósfera se volvió tácitamente insoportable. Se notaba que Luquitas no los aguantaba más, quería que se fueran todos a la puta. “A la puta”, pensó.



—Nos vamos —dijo Funes antes de que el dicente Guerrasabo acometiera sobre ellos. Litter pasó al lado de Alto Faso en el Cielo hablando por teléfono, aunque desvió su atención un instante y depositó la furia de su mirada en la angulosa jeta del jipi y le dijo:

—Nos vamos porque queremos, jipi del orto —remató y después, sin más, reactivó la conversación que ya venía manteniendo por teléfono.

Funes elaboró una sonrisita fingida, muy trucha. Y cuando pasó por al lado de Alto Faso en el Cielo, atravesando el umbral de la puerta, le dijo palmeándole el hombro:

—No te preocupes, Litter es un optimista de primera fila. Sabe que esta noche les vamos a romper el culo a todos.

El dicente Guerrasabo masticó tirria. Los vio alejarse caminando hacia la esquina y doblar juntos por la calle Colón. “Malparidos energúmenos malditistas”, pensó Alto Faso antes de cerrar la puerta de su casa. “Ya los voy a agarrar esta noche. Qué puta se creen estos tipejos, ¿que yo le tengo miedo a los reptilianos? ¡Sofistas incompetentes! ¡Los voy a decapitar a todos!” Quince, veinte minutos después, aparcó su bicicleta contra el murito de la casa alquilada de Luquitas una personita minúscula, de aparente sexo femenino y de jipis características. Una groupie, a juzgar por las apariencias. Candeó la bici e ingresó al domicilio del dicente por la puerquita del costado.



# 21

Cuando las Holograms Pink subieron a la tarima central, disfrazadas de vedettes, emplumadas de rosado y con sus pudendas partes cubiertas únicamente por trocitos de telas metálicas y encandilantes, la vagancia enloqueció. El rating escaló abruptamente en cuestión de minutos. Roxana Pérez García De las Extremidades dijo, antes de comenzar a cantar

(tomando el micrófono sólo como una verdadera plenipotenciaria del pop puede hacerlo: con ambas manos llevándoselo suave y pausadamente a centímetros de su boca, imponiendo con su performática una actitud transgresora de corte erótico a todas luces felino, frente a las cámaras transmitiendo en vivo y en directo desde Resistencia city para todo el país, y a través de ellas multiplicando su rosadita imagen de gata remixada en un tugurio tropical, ante los miles de tele espectadores que veían en ella la consumación final del producto de su deseo en aquellas siliconadas y titánicas tetas):

—Quiero transmitir un mensaje de amor y paz para el mundo —pestañeó y continuó—: ¡No más guerra! ¡No más negritos del África muriéndose de hambre! Sí, los mismos negritos que vemos en el Discovery Kid o en los documentales de Animal Planet. ¡No más! ¡Paz mundial, chicos, ay, sí, paz mundial! —exclamó

De las Extremidades haciendo un pase mágico de mano en mano con el micrófono.

Perfectamente calculado: las luces se apagaron y desde lo alto un reflector cenital alumbró su despampanante figura de rubia tonta. Prácticamente todos pensaron lo mismo por triplicado: WTF, WTF, WTF. Sin embargo, el rating seguía subiendo. Por momentos, las cámaras tomaban planos americanos de las otras dos taradas pink, la Uriarte y la Carbonelli, quienes sonreían haciendo alarde de sus dentaduras blancas relucientes de publicidad de pasta dentífrica, engatusando a la teleaudiencia. Meneaban sus caderas con técnica y profesionalismo, brincando de un lado al otro de la tarima al ritmo de una estúpida musiquita de cortina. “Somos lo más”, pensaba Sara Jessica mientras daba estúpidos saltitos mientras se imaginaba caminando por la Quinta Avenida de Nueva York, “somos lo más. Lo más”.

Intercomunicados entre sí a través de micrófonos inalámbricos de vincha, Ulises el productor y Josefa la señora de la Pepsi Cola intercambiaban información vital sobre el desarrollo de la transmisión en vivo. Él (como productor) desde afuera, dentro de la camioneta equipada para realizar la transmisión satelizada y aparcada en la playa de estacionamiento del populoso antro cultural, comandaba la salida en vivo y directo con Buenos Aires. Y ella (plenipotenciaria de la Pepsi Cola) desde adentro, en el galpón que estallaba de gente apretada y reventada de calor, intentaba encauzar el show en carril correcto.

Cuando la señora coordinadora de la compañía de gaseosa dio la orden agitando su manita en el aire, las Pink arrancaron con una versión de “I’m like a Bird” de Nelly Furtado, que dejó a los espectadores televidentes maravillados. Sin embargo, los presentes enar-

decieron. Los presentes, desde luego, no eran otros que la vagancia general, se dijo ya, de toda índole y calaña, que dentro del hediento conglomerado de chapas pugnaba por manosear las tetas de las concursantes ante sus repetidas insinuaciones concupiscentes. El cover no pasó de los treinta segundos. Envalentonados ñeris del desastre asaltaron el escenario acaudillados por el inefable Flequillo Tremebundo. Los jueces, inmutables seres de la imparcialidad, negaban con la cabeza y hacían anotaciones en papelitos.

— ¡¡¡Seguridad!!! ¡¡¡Seguridad!!! —gritó, exaltada y llena de zozobra, la señora de la Pepsi.

— ¡¡¡Aaaaayyyyy!!! —corearon al unísono las rosadas.

La vagancia bardera empujaba hacia adelante el oleaje humano con poderosos pogos intermitentes. Emperradas minitas de tetas al aire, sobre los hombros de sus machos, revoleaban remeras y gritaban desde el fondo: “¡Quemen a las brujas! ¡Decapitemos a las zorras pink! ¡Putas!”. Los engranajes del descajete habían echado a andar. La cosa se ponía jodida.

Flequillo Tremebundo se paseaba por arriba del escenario seguido por su séquito de rolingas incompetentes, todos borrachos, ebrios, en pedo, que se contoneaban de un lado al otro procurando pellizcar el culo de cualquiera de las Pink en general, aunque enfocándose principalmente en el culo redondo y bronceado de la ton-tita nodriza.

Detrás de bambalinas y entre harapientas cortinas azules y rojas, los concursantes observaban impertérritos los acontecimientos devenidos en hecatombe, un verdadero zoo del rock extremo: Tango Gómez, El Lacra Murillo, Todo Piola Ramírez y el batero “Socotroco” de los Materia Fecal (descalificados por irreverentes); los

cenobitas Funes y Litter; los boludos Perezgueda y Percíncula de los Lamisiles (vitoreados a raíz de su actuación tecno pop); Amanda Ghost, el qom Pelo Duro Diego y Pepo Aguirre del Séptimo Círculo (tambalearon con su drogadicta “Dijo el droguero al drogador”); Purino y la chica Braccamonte de los bluseros deprimidos (impecables con su máster class napolitana); el dicente Guerrasabo, El Purulento Purretto, Lord Soberbia Meyerson y Chocolate Sexual Prigonatto por la facción jipi de los Macho Cat (descalificados por portación de arma), y por último las lo fi Paula Alonso y las hermanas Carla y Mery Marrón (impolutas con su gótico cover de “Love Buzz” de Nirvana); todos ellos y ninguno sin chistar; todos, odiándose en intimidad y en aborrecible silencio, aunque en colectiva complicidad, no dudaron un instante en sopesar que las consecuencias de los disturbios ocasionados por Flequillo Tremebundo serían negativas para el general conjunto de ellos los concursantes, por lo que resolvieron in situ intervenir directamente en la escena, ya que, era lógico, todos (incluso los descalificados) querían conocer el resultado final del certamen y además no podían dejar que los rolingas tomaran el control.

Cut to commercials.

# 22

La actuación de las Maryshelley fue ejemplar. De manual, pero bien ejecutada. La versión de “Love Buzz” de Paula Alonso y las hermanas Marrón desencajó a todos en proporciones más o menos significativas. Es decir, a la mayoría zoocrática les gustó: “Would you believe me when I tell you. / You’re the queen of my heart. / Please don’t deceive me when I hurt you. / Just ain’t the way it seems. / Can you feel my love buzz?” Incluso el jurado se mostró sorprendido; todos sus incógnitos miembros gesticularon aparatosa y aprobatoriamente. “Sí, son buenas, pero igual no superan a los punkis –murmuró un jurado de incógnito al oído de otro jurado de incógnito.

Las Holograms Pink, quienes continuarían a las Maryshelley en la grilla del certamen de la Pepsi Cola con resultados calamitosos, arrojaban rayos láser a la performática love buzz. Sus miradas transmitían un profundo desprecio hacia el talento de las góticas Shelley. Todo esto sucedía tras bambalinas, mientras la caterva de roqueros masculinoides pensaba únicamente en cogerlas a todas, una por una, a las enviadas de las tinieblas, tal como lo dictaba la filosofía macho-

men que pregonaban más allá de los géneros musicales practicados y que los mancomunaba a todos con todos perfectamente a todos por igual, mal que les pesara. Hombres y mujeres.

Aplausos para las Shelley.

Pináculo de los acontecimientos. O casi. El periodista de *La Voz de la Verdad* observó al misántropo Litter husmeando entre unas bolsas de consorcio, de donde extrajo metiendo su brazo dos bidones de plástico de cinco litros que se encontraban ocultos detrás de unas cajas de cartón. Lo observó alejarse en silencio. Llegó a ver incluso la mirada que le pegó Litter al culo de Paula Alonso cuando ella bajaba del escenario por las escalerillas que daban a la entrada de un reducido espacio donde la organización de la Pepsi Cola había montado una carpita rotosa que oficiaba de camarín general de la caterva. Ni bien entró Paula, el cronista de su tiempo Arnoldo Céspedes (ahora se conoce su nombre que antes no fuera revelado por puro capricho) la abordó atolondradamente para entrevistarla.

—Alonso, ¿fue una actuación impactante? —preguntó Céspedes con el grabadorcito digital en alto, poniendo especial énfasis y subrayando enérgicamente la palabra impactante.

—Sí sí, sin duda —respondió la gótica—. Soy la más puta de todas, poné eso en la nota, sí, la más puta.

Las Marrón, detrás de la vampiresa Alonso, corearon cual poetizas estéreos:

— ¡Putá! ¡Putá! ¡Putá!

—Poné en la nota eso también, gordito simpático —agregó la muy zorra.

Cuando Céspedes, el periodista de *La Voz de la Verdad*, frunció el ceño y arrugó la frente, acaso para gesticular señal de disgus-



to (no se sabrá nunca), la pink Roxana Pérez García De las Extremidades gritaba, fuera de la minúscula carpa, ya en escena y a punto de iniciar su actuación, gritaba la loca: “Paz mundial, paz mundial”. Esto, obviamente, llamó automáticamente la atención de Céspedes, quien rápidamente se alejó de las Shelley y se lo vio cruzar, detrás del escenario mayor, hacia una zona restringida para el público donde el jurado se encontraba deliberando.

– ¡El fuego los azotará! ¡El fuego los azotará! –gritó Fernando Funes visiblemente perturbado. Todos miraron al enajenado mientras daba lentos y pausados pasos hacia atrás, envolviéndose en tinieblas, entre las altas cortinas rojas y azules de las bambalinas. En la espesa oscuridad sólo brillaban las verticales pupilas de sus ojos que habían adquirido un extraño brillo amarillo.

La turba roquera avanzó mancomunada hacia el escenario con un solo y tácito objetivo: neutralizar el bardo de Flequillo Tremebundo. La presión de la señora Josefa de la Pepsi Cola estaba por las nubes. Ulises el productor, quien había enviado el programa al corte comercial e ingresado al recinto durante el mismo, soplabla la cara redonda de la plenipotenciaria con un abanico, en un rincón del galpón detrás de unos bastidores mugrientos. El periodista de *La Voz de la Verdad*, en medio del quilombo, aprovechó para consultar a los jueces si todo era parte del show televisivo, si a fin de cuentas y más allá del talento musical de los concursantes había que sumar puntos para levantar el rating. Pero los jueces, indómitos en su ecuanimidad, no dejaban de murmurarse cosas al oído entre ellos y de realizar anotaciones fugaces en unos papelitos.

El público, irascible y fuera de control, continuaba golpeando la barrera de seguridad que los separaba del escenario. Concurridos pogos de la plebe roquera cacheteaban las vallas de contención una

y otra vez, sujetadas por un puñado de patovicas que (se hacía cada vez más evidente) perderían estabilidad en cuestión de minutos. Si eso ocurría, la vagancia energúmena tomaría el poder llevando el caos y la anarquía a todas partes del CECUPO. Resultaba imprescindible abatir a Flequillo Tremebundo, quien por otro lado ya en las postrimerías del tablón había comenzado a arrojar los instrumentos musicales a la viviente marea del desastre.

Afuera del antro cultural, una imprevista manifestación de señores mayores golpeados por sus mujeres, convocada y promocionada por el Dr. Honofrio Pilkinson, llegaba en procesión por calle San Lorenzo. Cánticos y pancartas coloreaban la marcha de los viejos: NO VAMOS A PERMITIR QUE NOS PEGUEN, NO MÁS MALTRATO, SOMOS SEÑORES DE EDAD, QUEREMOS EL 82% MÓVIL consignaban algunas de las leyendas más concurridas, y esta última sin duda fuera de lugar debido a su evidente sesgo político en el marco de una manifestación en contra de la violencia de género. Una cosa de locos, pero el Dr. Pilkinson tenía que juntar gente para la movida contra su señora esposa plenipotenciaria de la Pepsi Cola, y el viejo octogenario que había pintado el cartel ya le había adelantado que si no le garantizaban expresarse con total y absoluta libertad ni él ni los viejitos de su agrupación de jubilados de privilegio concurrirían a la marcha. Honofrio no tuvo más chance que aceptar las reglas de juego impuestas por el viejito insolente y radical, y como él un destacado hijo de puta de la city.

“Te voy a destruir Josefa, te voy a destruir”, pensó el Dr. Pilkinson al divisar la entrada al CECUPO a unos cien metros de distancia más o menos. “Te voy a hacer mierda. Puta. Puta. Puta”. Cegado por la venganza, sediento de sangre estaba el Dr. Pilkinson, quien comenzó a desplegar y a organizar a los viejitos en torno a las puertas del CECUPO mientras con su teléfono celular enviaba

mensajitos de textos convocando a periodistas amigos que realizarían la cobertura gráfica y audiovisual de la trascendente convocatoria contra la violencia de género convocada —esto hay que subrayarlo— por el Dr. Pilkinson en personísima persona.

Pilkinson, eufórico, sacó una botellita de acero inoxidable del bolsillo interno de su saco y le pegó un trago profundo, sin asco. Whisky barato mezclado con alcohol etílico: eficaz y milagrosa bebida que sacaba al surrealista que el beodo tenía adentro. Acto seguido, del interior del otro bolsillo interno, el de la derecha, sacó el control remoto. “¡Te lo voy a meter por el orto, Josefa!” gritó el Dr. Pilkinson revoleando el aparato como si fuera el mando de una espada Jedi. Se envalentonó hacia las puertas del CECUPO y acometió contra los guardias de la seguridad. Los viejitos del ochenta y dos por ciento móvil, detrás del Dr. Pilkinson, hicieron lo propio al bramido de guerra: “¡No más impuesto a las ganancias!”

Adentro, la viviente marea del desastre venció el vallado de contención que aguantaron hasta más no poder los patovicas. La anarquía se había apoderado del recinto. Un alud de seres sudados y hediondos, hambrientos de carne como zombis, sepultó a los grandulones de la seguridad que, junto con las vallas, fueron utilizados como improvisadas rampas humanas para acceder al escenario. Gritos, aullidos, llantos, risotadas, carcajadas, puteadas, auxilios estremecedores. Sinfonía del horror. Campo sonoro perturbador. Caos. Caos. Y más caos.

Pensó y dijo el pelado cráneo de Alberto Litter:

*—El rock está sonando.*

Dicho esto, y no sin antes haber elaborado una sonrisita mefistofélica, el ingeniero sonoro reptiliano se metió (meter, sí señor,

es el verbo correcto) en la muchedumbre bulliciosa cargando con él dos bidones de aceite volátil de trementina. Litter se sumergió en aquella viviente marea del desastre; no absorbido por la tentadoramente dantesca profusión de carnes y desgarros esparciéndose bajo el galpón del mencionado antro, sino más bien y por sobre todas las cosas, Litter era un *nuotatore professionista*. “Cuando la marea los quiere tapar / en el corazón de la noche, / pagan con promesas los nenes de oro. / ¿Cómo actúan esos tipos felices? / ¿Cómo brillan sus muecas festivas?”. “Oh sí”, diría Funes. “Oh sí”, diría. Litter se metió en el corazón de la noche e ingresó en la temible marabunta roquera como un Sultán del Horror, qué Lovecraft ni Lovecraft. Allí estaba Litter, allí estaba la Oscuridad en persona, con los bidones inflamables, subido a las montañas de la locura.

Los Lamisiles, boludos grandes ya, intentaron tomarse el palo, pero antes se pusieron a juntar sus costosos equipos. Los Materia Fecal fueron los primeros en disparar contra Flequillo Tremebundo, a quien odiaban con especial cariño por neo-rolinga y fracasado. Los del Séptimo Círculo, exceptuando Amanda Ghost que permaneció obnubilada en la densa oscuridad tras la cual se esfumó Fernando Funes, también arremetieron contra los rolingas. Los bluseros de Triste y Deprimido corearon una de Leadbelly aunque no se alcanzó a escuchar cuál; pareció una versión a capela de “House of the rising sun”. Eso pareció, al menos. El dicente Luquitas Guerrasabo sacó de dentro de una bolsita Ziploc varios porros envueltos en seda saborizada y los distribuyó entre los que todavía permanecían en pie. Los jipis de Alto Faso en el Cielo imitaron el ejemplo del amo cannábico, y encendieron un porro colectivo para celebrar su benevolencia y magnanimidad en asuntos de violencia extrema. Así las cosas, las góticas Maryshelley, armada la tríada lo fi con guitarras eléctricas que habían encontrado tiradas por ahí, embistieron a lo bestia pop, también contra los inmundos rolingas.

—Esa cosa —dijo Amanda Ghost apuntando con su dedo índice hacia una enorme sombra movediza reptando por los techos del galpón del CECUPO.

—¿Eh? ¡Qué cosa! Drogada, dejá de boludear y vení que estamos pateando la cabeza de estos rolingas, resulta un ejercicio terapéutico —dijo su compadre metálico Pelo Duro, mientras pisoteaba la cabeza de uno de los secuaces de Tremebundo.

—Esa cosa —volvió a repetir la rubia rapada, mientras observada atónita emerger una cabeza gigante de las tinieblas.

Jamás se borrará de la conciencia de todos y cada uno de los presentes (al menos durante los últimos instantes de sus miserables vidas) cuando aquello descendió desde las herrumbradas chapas del galpón del CECUPO. Un humano reptiloide, merodeando como una babosa de los abismos profundos e inimaginables. Un siseo infernal y un rugido atronador. Aquella cosa se erguió por encima de todos, un reptil multitudinario y escamoso, un flujo verdoso, mamiferoide mesozoico horrendamente devastador. Oh sí, era Funes. Gritos, aullidos, llantos, risotadas, carcajadas, puteadas, “¡auxilios!” estremecedores. Sinfonía del horror. Campo sonoro perturbador. Caos. Caos. Más caos.

—Muaajjaaajjjjjjjjjj arrrrgghhhjjjjjjj —gritó el reptiliano Fernando Funes, sacando su lengua bífida.



# 23

Once días después, Amanda Ghost (Amanda Gómez en la ficha médica sujeta con una carpeta al pide la cama ortopédica que ocupa en la terapia intensiva del Hospital Perrando) despierta del coma y se incorpora violentamente en ángulo de 90 grados. Con la mirada perdida, inmensa y vacía, apuntando con su brazo derecho hacia algún lugar y algo que sólo ella parece ver, dice frenéticamente:

— ¡Esa cosa! ¡Esa cosa en el techo!

Enfermeros y médicos terapistas corren acudiendo al llamado de las múltiples alarmas que empiezan a sonar. Cada uno de los monitores y aparatitos a los que está conectada Amanda Ghost emite un sonido avisando cuando los parámetros que mide el aparato en cuestión se disparan para arriba o para abajo. Suenan todos parecidos, como infernales avisos en el tablero de un avión comercial de pasajeros en caída libre, en pleno proceso de estrellarse.

Injectan con premura un cocktail benzodiacepínico que la duerme, derrotando el terrorífico ángulo de 90 grados propuesto por el drama. Los que ocupan camas vecinas y no están incons-

cientes, sin poder emitir palabra, traqueotomizados, intubados como están, presencian el enchastre de la muerte salpicándoles cerca.

Las Maryshelley arremetieron viniendo desde atrás de escena contra Flequillo Tremebundo, que se enseñoreaba con su horda rolinga, demorando el momento para consumir su vindicta personal, íntima y largamente esperada no contra alguien en particular sino contra la vida en general. “Me voy a ir yo, sí, seguro, pero voy a cargarme a unos cuantos conmigo antes” le dijo Flequillo al tipo que esperaba el colectivo con él unas horas antes, bajo el agobiante sol de verano de la gran city tropical. Tipo que nada le había preguntado y que detestaba las conversaciones entabladas por anónimos en lugares públicos.

De una poderosa patada voladora que fue a dar en medio de la espalda del decadente viejo rolinga, Paula Alonso bajó a Flequillo del escenario y lo mandó directo a la horda variopinta que pogueaba, peligroso gazpacho que ni Menguele habría sido capaz de soñar.

Los que lo vieron venir se corrieron como pudieron, y Tremebundo cayó pesadamente al piso como una bolsa de papa sin control.

Parecía muerto. Un charco de sangre comenzó a formarse alrededor de su cabeza mientras la turba pisaba sus piernas moliendo sus huesos en el proceso de seguir cagándose a piñas en aquel descontrolado evento rockero con el que Pepsi Cola pensaba venderles a los jóvenes litros y litros de su mierdosa bebida noir a base de merca legal.

Pero el Ishi pop de Barranca no había muerto: sólo se había roto la nariz. A duras penas, sin quejarse, sabiéndose cerca del final, logró darse vuelta. Algunos lo reconocieron y reconocieron al objeto y sujeto del odio generalizado que se había desmadrado



entre aquéllas tribus urbanas. Un grupúsculo popista que estaba ahí apoyando a los Lamisiles, al ver al detestado rolinga tirado, indefenso, volviéndose rápidamente chocolate, arremetieron contra Florencio Napolitano, más Catacumba Esquelética y Tejido Necrosado que nunca, pero todavía no del todo hecho Moco, y empezaron a patearle la cabeza y el cuerpo (cada uno según sus posibilidades). Dientes blancos de Napolitano volaron y el ojo atento del observador habría podido verlos pálidos, amarillentos, cruzar los haces de luz.

La policía nada. La policía: nada. Afuera. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando ya era demasiado tarde. Apenas pudieron traspasar el acceso principal del galpón abriéndose paso a tonfasos y desparramando gas pimienta a mansalva. Picaneando a lo loco con sus *teasers* de 4000 watts. Felices de poder usar toda su artillería antidisturbios sin freno ni límite por una vez en la vida. Una buena vez en la patética y celestosa vida policíaca de violencia reprimida de la que nadie era responsable pero ellos, Policía de la Provincia del Chaco, insistían en hacer padecer a los demás.

En el entrevero uno de los más enajenados agentes, con un pasado cumpliendo funciones anti-motín en la U7, inundó de spray pimienta los ojos de uno de los jurados incógnitos —que resultó ser Manolo Bordón, un conocido shock-periodista del medio, famoso por sus amenazas con armas de fuego y por usar guantes de cuero con los dedos cortados a toda hora—. El jurado se llevó las manos a la cara y retorciéndose gritó: “¡Pará hijo de puta, pará! ¿Qué culpa tengo yo de que no hayas podido estudiar?”

Pisaban cabezas con sus borcegos con punta de acero los policías, pateaban costillas, trompeaban jetas y tonfeaban de lo lindo a cuando pelotudo y no pelotudo se les cruzara en el camino. Pero

nadie los advertía, nadie los registraba en tanto tales. La policía era una tribu más entre las tribus que se estaban matando a piñas en aquélla orgía violenta de resentimientos sociales de todo tipo. La policía no representaba el orden ni la ley ni la autoridad ni la posible reinstauración de la calma: orden, autoridad y legalidad a la mierda, al recontra carajo.

“¡Negros de mierda hijos de puta hay que matarlos a todos!”, gritó una pendeja top y le manoteó a Fran Perezgueda su putísimo sintetizador Super Dimension Seaboard 88 teclas, valuado en seis mil o seis mil quinientos dólares —dólar blue—, lanzándolo indiscriminadamente contra la turba con la explícita y para nada secreta intención de que diera en la cabeza de algún ñeri y lo matara. Quería contribuir a la causa de la erradicación de todos los negros de mierda. Una causa que había mamado de sus padres durante su infancia alimentada a base de puré de banana y maní pelado.

Alberto Litter cruzaba aquel averno cargando los bidones de aceite volátil de trementina cuando un jevi métaal los perforó a patadas con sus botas con tachas incrustadas. Horrorizado, advirtiendo el charco de apestoso aceite volátil de trementina que comenzaba a formarse a medida que el líquido salía del bidón, Litter corrió hacia el único lugar por el que se podía salir: por atrás del escenario. Curiosamente nadie iba hacia allí. Nadie quería salir: querían, genuinamente, matarse entre todos y a ello estaban abocados.

La masa lumpen chapoteaba en el barro que se había formado bajo el calor de las chapas y las luces, con la tierra y la transpiración de los pogueantes devenidos en violentos rioteers, maquillaje berreta corrido y goteante y por supuesto, aceite volátil de trementina.

Litter consiguió llegar hasta el escenario —que increíblemente seguía en pie y vacío: todo el mundo estaba abajo participando

activa o pasivamente de la reyerta— y parado ahí arriba, contemplando la escena como un Demiurgo del Apocalipsis Rockero, vio a Tremebundo sacar de un bolsillo interno de su roto chaleco de jean una candela “20 Bolas Trueno Multicolor con Cracker”.

Florencio Napolitano era un tipo duro y determinado. Como el burro: insistidor. Pese a la terrible pateadura que se estaba llevando puesta —con destino de muerte con toda seguridad— logró conservar una de las bengalas que había llevado (“Dame una de esas que hacen luces doradas y ruido de chisporroteo” le había dicho al vendedor, que primero pensó que Flequillo había entrado al negocio para asaltarlo).

Con un Zippo trucho y mientras seguían pateándolo, cagándose de risa, escupiendo sangre, desfigurado, irreconocible, Piñón Fijo de la masacre por venir, Flequillo Tremebundo enciende el cohete y apunta al cielo con la intención de agujerearle con fuego el culo al puto Dios que le regaló la vida de mierda que, gratuitamente, se tuvo que fumar Florencio Napolitano.

Pero como suele pasar en estos casos, la cosa salió mal. Ya se sabe: Dios es un tremendo hijo de puta que no se hace responsable de nada ni se toma a bien que le recriminen sus divinamente insondables razones kármicas, de modo que Dios todopoderoso mediante los crackers que expulsa el petardo de Tremebundo chocan contra las chapas del techo del CECUPO y rebotan para todos lados.

Es cuestión de tiempo: una llamita cae sobre el charco de aceite volátil de trementina. Al principio se forma una pequeña bola de fuego amarillo y rojo; se mueve a toda velocidad girando concéntricamente. Segundos después todo el galpón es tomado por una enorme masa de fuego que se prende de todo lo que va encontrando a su paso, haciendo fuerza para llegar y llevarse a sí misma hasta adentro de cada una de las cosas y personas que pone a arder.

Todo y todos y todas hacen combustión casi instantáneamente. Siguen cagándose a trompadas mientras mueren quemados. Un popista en llamas salta llevando sus rodillas al pecho y al caer pateaba hacia abajo con ambos pies y destroza el cráneo flamígero de Florencio Napolitano.

Los ponks se incendian gritando onomatopeyas y escupiendo. Jorge Purino se arrodilla como Jorge Burruchaga después de hacerles el tercer gol a los alemanes en el Mundial de México 86 y alza sus brazos al cielo agradeciéndole al fuego lo que él no se animó o no pudo hacer por sí mismo.

La señora de la Pepsi Cola explota, acaso a causa de todo el alcohol circulante por sus venas. El resto se quema sin pena ni gloria porque al fin y al cabo da más o menos lo mismo —si lo pensás bien— atravesar el proceso así o así: lo que cuenta es el resultado.

No hay desesperación: es Pompeya en llamas. Es la estúpida tragedia del Rock ocurriendo una vez más. Eterno retorno, aquí allá y en todas partes.

Justo antes de que todo ardiera, Alberto Litter, mundano y asustado, extrañamente movedizo como jamás se lo había visto, se zambulló tras bambalinas gritando: “¡Rajemos, Funes. Rajemos a la mierda. Rajemos que se incendia todo!”

# Epílogo

En el patio del neuropsiquiátrico San Gabriel, por colectora al margen de la Ruta 16 una chica de poco más de 30 años viste una bata celeste, lleva el pelo desordenado y grasiento. Se nota que ha abandonado toda pretensión de cuidado personal hace mucho. Se nota que no está entre nosotros hace mucho.

De a ratos ríe, ronca. De a ratos llora.

Los profesionales dicen que no ha podido aprender aun a convivir “con los desniveles psicológicos que puede tener un día”.

Un buen día, una mañana de lunes, la encuentran flotando en el aire de uno de los baños de la clínica. Colgada de una viga del techo.

Cuelga de un viejo cable LPT1, de esos que se usaban para conectar las impresoras matriciales al CPU.

En el piso una nota. Prolijamente escrita. Dice:

“Se supone que eventualmente uno se vuelve un conocido del dolor, un aparcero del enemigo, hasta que puede, por fin, comenzar a desdeñarlo, preferir la alegría, dejar de rondar a la muerte. Se supone. Pero yo no he podido. Estuve en un recital que se incendió. Fue una tragedia muy grande, murieron como doscientas personas. Y yo.”

Mientras su respiración se apagaba lo último que cruzó su cabeza fue un recital de rock que se incendió.

Se terminó de imprimir,  
en Editorial Contexto, Yrigoyen 399  
en el mes de Abril de 2014.

